

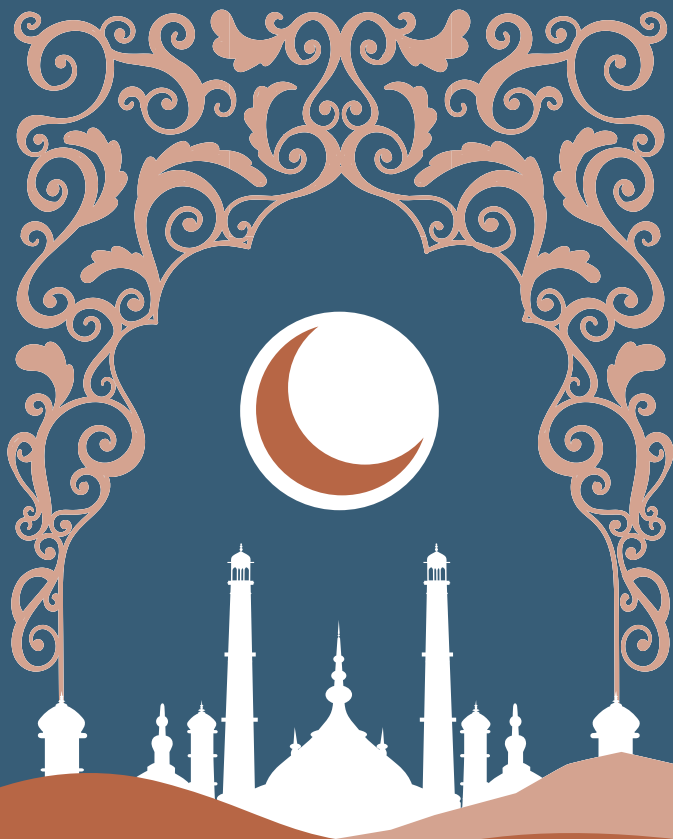
3



# Las MIL Y una NOCHES

ANTOLOGÍA

COLECCIÓN SEMILLA



UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE BOLÍVAR







COLECCIÓN  
**SEMILLA**

**UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE BOLÍVAR**

Las mil y una noches: antología / compiladora Katherine Zamora Caro; editora y correctora Cielo Patricia Puello Sarabia; prologuista Guillermo Serrano López; diseñadora e ilustradora Geraldín Acevedo; coordinador editorial Ingrid Silva Arroyo; traductores Rafael Cansinos Assens, Vicente Blasco Ibáñez. - - Cartagena de Indias: Ediciones Unitecnológica, 2016

140 páginas: ilustraciones. - - (Colección Semilla; no. 3)

ISBN: 978-958-8862-30-9 (papel) ISBN: 978-958-8862-66-8 (digital)

1. Literatura árabe 2. Cuentos árabes 3. Cuentos de hadas. I. Cansinos Assens, Rafael II. Blasco Ibáñez, Vicente III. Silva Arroyo, Ingrid IV. Puello Sarabia, Cielo Patricia V. Zamora Caro, Katherine VI. Serrano López, Guillermo VII. Acevedo, Geraldín IX. Serie. III. Título

892.7

M 637

CDD23

#### COMITE EDITORIAL

Juan Camilo Oliveros

Ingrid Silva

Cielo Puello

Greg Labrosse

Adolfo Ballar

Orlando De La Vega

Dora Lilia Sepúlveda

Richard Villadiego

Alexander Casalins

Jorge Luis Ahumada

#### COLECCIÓN SEMILLA

Semilla #3 Las mil y una noches. Antología

©Ediciones Unitecnológica, 2016

#### Selección de relatos

Katherine Zamora

#### Corrección de estilo

Cielo Puello

#### Prólogo

Guillermo Serrano

#### Portada

Geraldín Acevedo

#### Diseño gráfico

Geraldín Acevedo / [www.safarilab.co](http://www.safarilab.co)

ISBN: 978-958-8862-30-9 (papel) ISBN: 978-958-8862-66-8 (digital)

Traducción: *Historia del rey Shahriar y su hermano Shahzamán*

*Historia del pescador y el genio*

*Historia del joven encantado y los peces de colores*

*Historia del cargador y las mocitas*

*Historia de Zobeida, la mayor de las jóvenes*

*Historia de Amina, la segunda joven*

Rafael Cansinos Assens

Vicente Blasco Ibáñez



Universidad  
Tecnológica  
de Bolívar

CARTAGENA DE INDIAS

[www.utb.edu.co](http://www.utb.edu.co)

©Todos los derechos reservados.

La reproducción parcial o total de esta obra por distintos medios queda prohibida salvo autorización de los editores de la presente versión.

**RECTOR**

Jaime Bernal Villegas

**VICERRECTOR ACADÉMICO**

William Arellano

**VICERRECTORA ADMINISTRATIVA Y FINANCIERA**

María del Rosario Gutierrez de Piñeres

**DECANO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS**

Juan Camilo Oliveros

**DECANO DE ECONOMÍA Y NEGOCIOS**

Daniel Toro

**DECANO DE INGENIERÍAS**

Jairo Useche

**DECANO DE CIENCIAS BÁSICAS**

Jorge Luis Muñiz

**DECANO DE ESCUELA DE ESTUDIOS TÉCNICOS Y TECNOLÓGICOS**

Gonzalo Garzón

**COORDINADORA DE HUMANIDADES**

Ingrid Silva

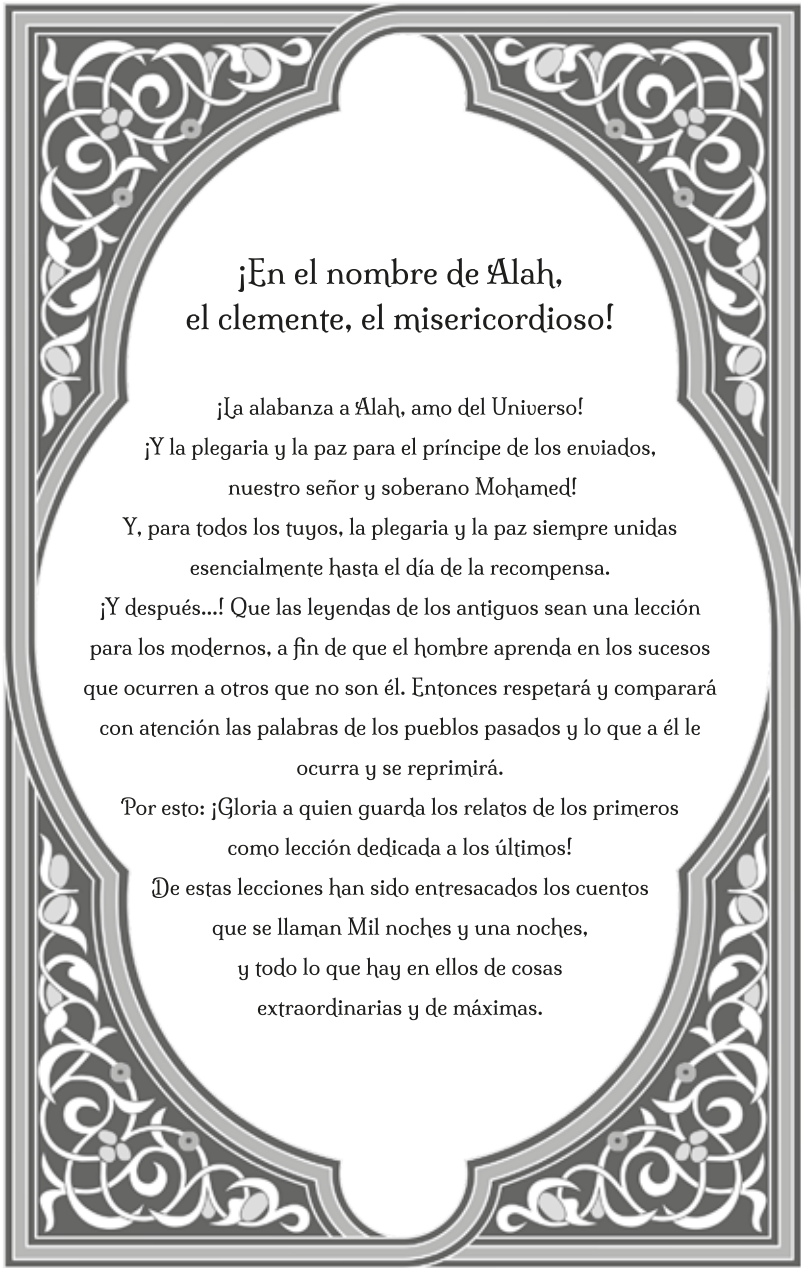


Las MIL Y una  
NOCHES

ANTOLOGÍA







¡En el nombre de Alah,  
el clemente, el misericordioso!

¡La alabanza a Alah, amo del Universo!

¡Y la plegaria y la paz para el príncipe de los enviados,  
nuestro señor y soberano Mohamed!

Y, para todos los tuyos, la plegaria y la paz siempre unidas  
esencialmente hasta el día de la recompensa.

¡Y después...! Que las leyendas de los antiguos sean una lección  
para los modernos, a fin de que el hombre aprenda en los sucesos  
que ocurren a otros que no son él. Entonces respetará y comparará  
con atención las palabras de los pueblos pasados y lo que a él le  
ocurra y se reprimirá.

Por esto: ¡Gloria a quien guarda los relatos de los primeros  
como lección dedicada a los últimos!

De estas lecciones han sido entresacados los cuentos  
que se llaman Mil noches y una noches,  
y todo lo que hay en ellos de cosas  
extraordinarias y de máximas.



# Índice

13

LAS MIL Y UNA NOCHES. EL LIBRO QUE AÑADE PLACER  
AL PLACER (GUILLERMO SERRANO)

---

17

HISTORIA DEL REY SHAHRIAR  
Y SU HERMANO SHAHZAMÁN

---

31

HISTORIA DEL PESCADOR  
Y EL GENIO

---

55

HISTORIA DEL JOVEN ENCANTADO  
Y LOS PECES DE COLORES

---

71

HISTORIA DEL CARGADOR  
Y LAS MOCITAS

---

101

HISTORIA DE ZOBEIDA,  
LA MAYOR DE LAS JÓVENES

---

119

HISTORIA DE AMINA,  
LA SEGUNDA JOVEN

Las mil y una noches.  
El libro que le añade placer al placer



.....

POR: GUILLERMO SERRANO

El libro de *Las mil y una noches* es en realidad la compilación de muchos cuentos y leyendas que se recogieron desde el siglo VIII hasta el siglo XV d. C. y provienen de distintas tradiciones orientales, principalmente árabes y persas, pero también del extremo oriente. Sus autores y ediciones antiguas son tan legendarios como las peripecias que han tenido sus traducciones y versiones occidentales. La primera de ellas, realizada al francés por Antoine Galland en 1704, produjo una auténtica conmoción de la literatura occidental, turbulencia que aún no ha terminado.

En el libro hay todo tipo de temas y géneros literarios. El lector se encuentra con una amplia variedad de relatos en los que se tejen aventuras, fantasía, erotismo, picardía, apasionamiento amoroso e incluso piedad; todos cargados del más elevado lirismo poético. Sin embargo, el mayor deleite de *Las mil y una noches* consiste en disfrutar el impulso primigenio de contar y escuchar historias apasionantes, trepidantes y magníficas en toda la extensión de la palabra. En estas narraciones se originan los efectos mágicos que el libro ejerce sobre los lectores que se pierden gustosos en el laberinto de las historias encadenadas, de las calles de ciudades de sueño y de sus innumerables personajes.

El nombre del libro remite a la infinitud que provoca su lectura, no porque sea una experiencia aburrida, sino porque la fantasía que lo nutre es inagotable e infinito el deseo de disfrutar de la fascinación de las historias. Es muy pertinente recordar la anotación que sobre el título hace Jorge Luis Borges en *Siete noches*: “Decir mil noches es decir infinitas noches, las muchas noches, las innumerables noches. Decir ‘mil y una noches’ es agregar una al infinito.”

La otra fuente de misterio del libro proviene de la inmersión en los tintes, los olores y las texturas del oriente. Desde la primera línea el lector siente que ha entrado en un mundo intensamente sensual y contradictorio en el que se mezcla la religiosidad más ortodoxa con la picardía más prosaica y en la que conviven el Dios con mayúscula del Islam con los genios, la magia y la sabiduría populares.

Uno de los propósitos de enfrentarse con textos cultural y temporalmente distantes es considerar lo diferente; aquello que nos causa una impresión por contraste, para bien y para mal, con los valores que en nuestro momento defendemos. Eso sucede en numerosos episodios de este texto donde el lector contemporáneo posiblemente encontrará apreciaciones y situaciones que le parecerán muy cuestionables. Esos fragmentos son reflejo de las fuerzas históricas que han producido el libro.



14

Como lectores estamos en completa libertad para asumir la actitud que nos parezca apropiada frente a los mundos extraños que perviven en los textos antiguos. Sería muy bueno, sin embargo, que nuestros propios juicios no nos impidieran disfrutar de sus riquezas y que los aprovecháramos para despertar nuestra reflexión sobre ideas y valores que consideramos naturales, cuando son, en realidad, históricos. Sin embargo, tampoco está mal si eventualmente el lector se ofende justificadamente y reacciona airadamente frente a la lectura. La propuesta no es propiciar una lectura dócil, sino precisamente brindar una ocasión para pensar con libertad.

Cada uno de los relatos que aparecen en la presente selección es un brillante ejemplo de las situaciones, los personajes y la vibración de los lugares que tiene el libro completo. Con esta breve muestra los lectores alcanzarán a disfrutar el vértigo de sumergirse en la sucesión de las historias y de sentirse aguijoneados por el erotismo del ambiente y la emoción de las aventuras. Alcanzarán a deleitarse con la espléndida sensación de que todo es posible y de que en el centro de ese reino aún vive, lozana y alegre, la poesía.

Guillermo Serrano L.  
Julio de 2016

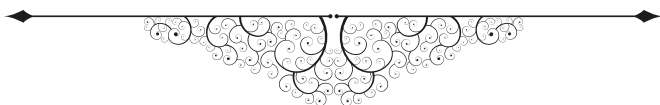


Yo, entonces, te contaré un cuento en el que se cifrará,  
si Dios quiere, la salvación de todas las mujeres.





## Historia del Rey Shahriar y su hermano Shahzamán



Se cuenta que en los tiempos remotos y en los siglos antiquísimos hubo entre los reyes sasánidas un rey que gobernó en las islas de India y de China y era señor de ejércitos y huestes y tenía muchedumbre de guardias y servidores y visires y emires. Y al morir, dejó dos hijos en la flor de la edad, ambos buenos caballeros y bravos y esforzados; salvo que el mayor lo era más que el menor.

Y reinó el primero en el país y juzgó con equidad entre sus vasallos y lo amó la gente de su pueblo y de su reino.

Y era su nombre el de rey Shahriar y el de su hermano menor, el de rey Shahzamán, y era éste rey de Samarcanda.

Y no cesaron las cosas de ir bien en los países de entrambos, y cada uno de los dos en su reino fue juez equitativo de sus vasallos por espacio de veinte años.

Y ambos rayaban en el ápice de la holgura y la alegría y en ese estado perseveraron hasta que el mayor sintió nostalgia de su hermano y ordenó a su visir que fuese allá y se lo trajese a su presencia. Respondióle el ministro con el “oigo y obedezco” y se puso en camino sin pérdida de



tiempo y siguió viajando hasta que llegó allá con integridad y entró en la casa del hermano del rey Shahriar y le transmitió la paz y le hizo saber cómo su hermano sentía ausencia de él y le rogaba que lo fuese a ver. Respondió el rey Shahzamán con el “oigo y obedezco” y mandó hacer los preparativos para el viaje y que aprestasen sus tiendas y sus camellos, sus mulas, sus criados, sus edecanes y sus esclavos; luego nombró a su visir juez en su país y partió en el acto, rumbo al país de su hermano.

Y sucedió que, la noche mediada, se acordó el soberano de una cosa que dejara en su palacio olvidada, y se tornó allá, y al llegar, se encontró a su esposa tumbada en el lecho, abrazada al cuello de un esclavo negro. Al ver aquello ennegrecióse el mundo ante los ojos del soberano.

Y en su interior se dijo: “Si ocurrió tal cuando apenas me alejara yo de la ciudad, ¿qué no habría hecho esta desvergonzada si me hubiese estado ausente con mi hermano todo el tiempo que pensaba?” Desenvainó luego su espada y los hirió a ambos y los dejó muertos en el mismo lecho.

Y se tornó al instante y dio orden de seguir adelante y caminó de noche sin descanso, hasta llegar a la ciudad de su hermano.

Se alegró éste con su arribo y salió a recibirlo y le deseó la paz alegrándose hasta el límite. Luego se sentó a su lado y se puso a conversar con él, muy contento y animado.

Recordó entonces Shahzamán el lance de su esposa y entróle gran tristeza y palideció y se le quebrantó el cuerpo.

Y al verlo su hermano en este estado, díjose para sus adentros:

“Será debido a haberse separado de su país y de su reino.”

Así que lo dejó estar y no le preguntó nada sobre el particular. Pero después de esto Shahzamán díjole un día:

—En verdad, hermano mío, que en mi interior tengo una herida. Más no le reveló tampoco entonces lo que viera de su consorte. Y le dijo su hermano Shahriar:

—Yo querría que conmigo salieras de caza y montería, que acaso con ello se te ensanchara el pecho.

Pero él rehusó; visto lo cual salió solo su hermano a cazar.

Y había en el alcázar del rey unas celosías que daban al jardín.

Miró por ellas Shahzamán y he aquí que se abrió la puerta del alcázar y por ella salieron veinte esclavas y veinte esclavos y entre ellos iba la esposa de su hermano, la cual era por cierto de una belleza y un encanto supremos.

Llegaron todos hasta el borde de una alberca y de sus ropas se despojaron y en corro se sentaron. Y la esposa del rey dijo:

— ¡Eh, Masud!

Y en el acto fuese a ella un esclavo negro y la abrazó y ella lo abrazó a él y él la tumbó en el suelo y lo mismo hicieron los demás esclavos con las esclavas, no cesando en sus besos y abrazos y demás cosas parecidas hasta que clareó el día.

Al ver aquello el hermano del rey Shahriar exclamó: “¡Por Dios!; con esto se alivia mi pena y se aminora lo que



en mí hay de pesar y de tristeza”. Y dijo: “Esto resulta más grave que lo que a mí me ha sucedido.”

Y no dejó ya en adelante de comer y beber con apetito.

Miró el rey Shahriar a su hermano el rey Shahzamán y he aquí que le habían vuelto los colores y se le había sonrosado el rostro y comía otra vez con apetito, siendo así que antes comía poquísimo. Se admiró el rey Shahriar al ver aquello y le dijo:

—En verdad, hermano mío, que antes estabas pálido y ahora te han vuelto los colores de otro tiempo y la cara se te puso encarnada; cuéntame, pues, hermano, qué es lo que te ha pasado.

Y le dijo su hermano:

- El eclipse de mis colores te lo explicaré, pero dispénsame ahora de decirte el porqué de que me hayan vuelto.

Díjole su hermano:

- Explicame, pues, la causa del desvaimiento de tus colores y de tu decaimiento, que soy ya todo oídos y te escucho atento. A lo que el hermano le dijo:

- Has de saber, hermano mío, que cuando me enviaste a tu visir rogándome viniera a tu presencia, luego mandé hacer los aprestos para mi viaje y me salí de mi ciudad sin demorarme.

Pero hube de acordarme luego de la alhaja que pensaba regalarte y que dejara olvidada en el alcázar y me torné allá a buscarla y me encontré a mi esposa durmiendo en compañía de un esclavo negro sobre los tapices de mi lecho.

Di muerte a ambos en el acto y me volví sobre mis

pasos y no hacía más que pensar en el caso.

Esta es la razón del eclipse de mis colores y de mi postración; en cuanto a la de haberme vuelto aquéllos, excúsame de explicarte en este momento.

Luego que hubo oído su hermano estas palabras, le dijo:

– ¡Por Dios, te lo ruego! ¡Cuéntame la causa de que los colores te hayan vuelto!

Le refirió entonces Shahzamán a su hermano todo lo que había presenciado.

Y Shahriar le dijo a su hermano Shahzamán:

– Quiero verlo todo por mis propios ojos.

A lo que su hermano Shahzamán le dijo:

– Finge que vas a salir de caza y montería y escóndete en mi aposento y lo verás todo y podrás convencerte por tus propios ojos.

Mandó el rey Shahriar en el acto que pregonasen por toda la ciudad que el rey salía a cazar y salieron las tropas con tiendas de campaña a las afueras de la ciudad.

Y dijo a sus criados el rey Shahriar:

– ¡Que no entre nadie en la cámara real!

Después de ello se disfrazó y volvióse al palacio, donde su hermano quedara.

Y se sentó junto a la celosía que daba al jardín y permaneció un tiempo allí al acecho.

Y he aquí que vio entrar a las esclavas y los esclavos y a su esposa entre ellos y todos se desnudaron e hicieron según dijera su hermano, y así se entretuvieron y solazaron sin parar hasta la tarde.



Visto que hubo el rey aquel espectáculo, voló su razón y le dijo a su hermano Shahzamán:

—Anda y vente conmigo a recorrer los caminos, que no hemos de cuidarnos para nada del reino hasta saber si somos los únicos a quienes tal percance les ocurrió en el mundo. Pues si así fuese, preferible a la vida sería nuestra muerte.

Y el rey Shahzamán asintió a las palabras del rey Shahriar.

Salieron, pues, ambos hermanos, por una puerta secreta del alcázar y echaron a andar y no pararon de caminar día y noche hasta que, al cabo, llegaron junto a un árbol, en mitad de un prado, y a cuyo pie corría un venero de agua dulce, a orillas del salado mar.

Bebieron de aquel agua y luego se sentaron a descansar los dos hermanos.

Y no habría pasado una hora del día cuando advirtieron que el mar se alborotaba y de él salía una negra columna que se elevaba al cielo y hacia aquel prado se dirigía.

Se asustaron los dos al ver aquello y treparon a la cima del árbol, que era alto, y desde allí se pusieron a otear qué fuera a pasar, y he aquí que llega un genio de estatura gigantesca y ancho de cabeza y dilatado pecho.

Y aquel genio subió a la ribera y se dirigió al árbol en que ambos reyes estaban encaramados. Y se sentó a su pie y abrió la arqueta que llevaba y sacó de ella una caja más pequeña y la abrió también y salió de ella una mocita de deslumbrante belleza que al sol fulgente semejava, como dijera el poeta:

Despunta la alborada y se esclarece el día  
y con su luz alumbra las auroras dormidas.  
Aquéllas a las cuales los soles iluminan  
resplandecen también y cual lunas rebrillan.  
Se postran las criaturas ante Dios de rodillas  
y al suelo caen los velos, no valen las celosías;  
en cambio, si se extingue de su fuego la llama,  
surge el lagrimal de las lluvias, la plaga.

Ahora bien, luego que el genio la miró, la interpeló diciendo:

– Oh señora de las sedas, a la que yo rapté la noche misma de sus desposorios: voy a dormir un poco.

Y el genio posó su cabeza sobre el regazo de la joven hermosa y se quedó dormido.

Ella entonces alzó su frente hacia la cima del árbol y vio a los dos reyes que allí se habían encaramado.

Levantó luego de sobre sus rodillas la cabeza del genio y la dejó en el suelo y ella se quedó parada debajo del árbol y por señas les dijo a los dos hermanos:

– Bajad de ahí y no tengáis miedo del genio.

A lo que ambos contestaron:

– ¡Por Dios sobre ti! ¡Dispéñanos de hacerlo así!

Pero ella exclamó con enojo:

– ¡Por Dios sobre vosotros! Bajad; pues, sino, despierto al genio y os matará de la muerte peor.

Se aterraron entonces ambos y bajaron del árbol.

Y ella fue entonces y les dijo:





– Dadme fuerte; sino, despierto al genio y lo lamentaré. Se echaron ambos hermanos a temblar y el rey Shahriar le dijo al rey Shahzamán:

– Haz hermano lo que te ordena y no te detengas.

Pero el otro le dijo a su vez:

– No haré yo eso hasta que lo hagas tú primero.

Y ambos empezaron a hacerse guiños alusivos al coito. Al ver lo cual la joven dijo:

– ¿A qué vienen esos guiños? Si no os acercáis y hacéis lo que os mandé, despertaré al genio y contra vosotros lo azuzaré.

  
24

– Creció entonces el temor de ambos hermanos e hicieron lo que ella les había ordenado.

Luego que hubieron despachado, díjoles ella a los dos hermanos:

– Estaos quietos sin moveros.

Sacó luego de su manga una bolsa y sacó de la bolsa un collar en el que había ensartados quinientos setenta anillos de sello y les preguntó diciendo:

¿Sabéis por ventura qué es esto?

A lo que ambos contestaron:

– No sabemos.

Y ella se lo explicó diciendo:

Los dueños de estos anillos folgaron todos conmigo a hurtadillas de los cuernos de este tirano inicuo, así que ahora vosotros me habéis de dar también vuestros anillos.

Le dió entonces cada uno el suyo y ella les dijo, después de tomarlos:

Este genio me raptó la noche misma de mi boda y me metió en una caja y metió la caja en un arcón y le puso al arcón siete candados y lo arrojó al fondo del encrespado mar, que las olas azotan. Y ha de aprender que a las hembras de mi laya, cuando quieren una cosa, no las detiene nada. Como dijo uno:

De la mujer no te fíes, ni creas en juramentos, pues sonrío o se enfada según le dicta el deseo. Muestra un amor de boquilla, llena el engaño sus faldas; de José recuerda el lance y medita en su enseñanza; de sus astucias aléjate y no olvides que fue causa de que Iblis del Paraíso arrojar a Adán lograra.

Luego que ambos hermanos hubieran oído esas palabras se maravillaron hasta el colmo y el uno al otro se dijeron:

Es verdad que a este genio le ha ocurrido algo más tremendo que lo que nos pasa a nosotros.

Alejáronse luego de la jovencita y regresaron a la ciudad del rey Shahriar y entraron en el alcázar.

Y el rey Shahriar mandó en seguida cortarles el cuello a su mujer y a los esclavos de uno y otro sexo. Y desde entonces solía Schahriar, cuando tomaba esposa virgen y le arrebatava su virginidad, matarla aquella misma noche sin aguardar a la mañana.

Y no dejó de hacerlo así por espacio de tres años seguidos, hasta que al fin empezó a clamar la gente y a huir de la ciudad llevándose a sus hijas, hasta no quedar allí ninguna mocita virgen.



Visto lo cual, ordenó Shahriar a su visir le buscase una muchacha que fuese doncella y se la llevase para hacer según su costumbre con ella.

Salió, pues, el visir y buscó, pero ninguna mocita encontró, y se volvió a su casa, airado y temeroso por su alma, a causa de su soberano.

Pero tenía el visir dos hijas dotadas de belleza y hermosura y gentileza y garbo y de cuerpos bien formados.

Llamábase la mayor Shahrazad y la menor Duniazad.

Y había la mayor leído libros e historias relacionados con los pueblos antiguos y los reyes pasados y los poetas afamados. Y fue Shahrazad y le dijo a su padre:

— ¿Por qué te veo cambiado y de pena y pesadumbre cargado? He aquí que dijo un poeta nombrado:

Dile a aquel que sufra pena,  
que la pena no es eterna;  
que cual se fue la alegría  
se irá el pesar cualquier día.

Oído que hubo el visir esas palabras de labios de su hija, le refirió cuanto con el rey le pasara, desde el principio hasta el fin, sin callar nada ni omitir.

Y ella, después de oírlo, le dijo:

— ¡Por Dios, padre mío! Cásame con el rey y a fe que moriré o serviré de rescate a las hijas de los musulmanes y las libraré de entre sus manos.

Díjole su padre:

– ¡Te lo ruego por Dios! No corras jamás ese riesgo.

Dijole ella:

– No hay más remedio sino que he de hacerlo.

Y su padre replicó, diciendo:

– Temo por ti, hija mía, no sea que te pase lo que le pasó al tren y al buey con el labrador.

A lo que dijo ella:

– ¿Y qué fue, padre mío, lo que les pasó?

[El visir relata lo mal que les fue a ambos animales a manos de su dueño, cuando el burro aconsejó al quejumbroso buey para cambiar su desventurada condición.]

Luego que la hija hubo oído las palabras de su padre, dijo:

– No hay más remedio sino que he de hacer lo que pienso. La equipó, pues, el padre y subió luego a donde el rey Shahriar. He aquí que Shahrazad hiciera testamento a favor de su hermana menor Duniyazad y le dijo:

– Cuando yo vaya con el rey te mandaré llamar y, luego que allí estés y veas que el sultán ya despachó su asunto conmigo, me dirás: “Cuéntanos una historia, hermana, para que nos entretenga la velada.” Yo, entonces, te contaré un cuento en el que se cifrará, si Dios quiere, la salvación de todas las mujeres.

Luego que su padre el visir subió con su hija al rey, al querer éste entrar a ella, echóse a llorar la muchacha con gran pena.

El rey le preguntó:

– ¿Qué te pasa?

Ella le contestó:



—Has de saber, oh rey, que tengo una hermana pequeña y querría despedirme de ella.

Mandó entonces el rey por Duniasad y vino ésta a ver a hermana y se abrazó a ella y se sentó al pie del trono, a su vera.

Levantóse luego el rey y entró a Shahrazad y la despojó de su virginidad, después de lo cual ambos se sentaron y se pusieron conversar.

La hermana menor díjole a Shahrazad:

— ¡Por Dios, hermana! Cuéntanos un cuento que nos entretenga la velada.

A lo que contestó la hermana:

— Con alma y vida lo haré al instante, si me da la venia este monarca galante.

Al oír esas palabras, el rey, que no tenía sueño, holgóse de escuchar un cuento y dio su venia, sin impedimento.

[Comienza, entonces, Shahrazad a contar la historia de...]

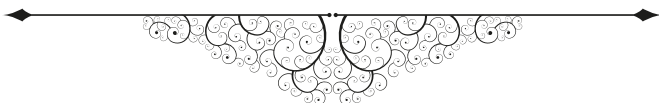




◆ ..... ◆  
¡Qué suaves, encantadoras, deliciosas, instructivas, interesantes  
y deleitables en su frescura son tus palabras!



## Historia del pescador y el genio



He llegado a saber, ¡oh rey afortunado!, que había un pescador, hombre de edad avanzada, casado, con tres hijos y muy pobre. Tenía por costumbre echar las redes sólo cuatro veces al día y nada más. Un día entre los días a las doce de la mañana, fue a orillas del mar, dejó en el suelo la cesta, echó la red, y estuvo esperando hasta que llegara al fondo. Entonces juntó las cuerdas y notó que la red pesaba mucho y no podía con ella. Llevó el cabo a tierra y lo ató a un poste. Después se desnudó y entró en el mar maniobrando en torno de la red, y no paró hasta que la hubo sacado. Vistiose entonces muy alegre, y acercándose a la red encontró un borrico muerto. Al verlo exclamó desconsolado: “¡Todo el poder y la fuerza están en Alah, el Altísimo y el Omnipotente!”

Luego dijo: “En verdad que este donativo de Alah es asombroso”. Y recitó los siguientes versos:

¡Oh buzo, que giras ciegamente en las tinieblas de la noche  
y de la perdición! ¡Abandona esos penosos trabajos;  
la fortuna no gusta del movimiento!





Sacó la red, exprimiéndole el agua, y cuando hubo acabado de exprimirla, la tendió de nuevo. Después, inter-nándose en el agua, exclamó: “¡En el nombre de Alah!” Y arrojó la red de nuevo, aguardando que llegara al fondo. Quiso entonces sacarla, pero notó que pesaba más que antes y que estaba más adherida, por lo cual la creyó repleta de una buena pesca, y arrojándose otra vez al agua, la sacó al fin con gran trabajo, llevándola a la orilla, y encontró una tinaja enorme, llena de arena y de barro.

Al verla se lamentó mucho y recitó estos versos:



32

¡Cesad, vicisitudes de la suerte, y apiadaos de los hombres!  
¡Qué tristeza! ¡Sobre la tierra ninguna recompensa es igual  
al mérito ni digna del esfuerzo realizado por alcanzarla!  
¡Salgo de casa a veces para buscar candorosamente la fortuna,  
y me enteran de que la fortuna hace mucho tiempo que murió!  
¿Es así? ¡oh fortuna! ¿Cómo dejas a los Sabios en la sombra,  
para que los necios gobiernen el mundo?

Y luego, arrojando la tinaja lejos de él, pidió perdón a Alah por su momento de rebeldía y lanzó la red por vez tercera, y al sacarla la encontró llena de trozos de cacharros y vidrios. Al ver esto, recitó todavía unos versos de un poeta:

¡Oh poeta! ¡Nunca soplará hacia ti el viento de la fortuna!  
¿Ignoras, hombre ingenuo, que ni tu pluma de caña ni las líneas  
armoniosas de la escritura han de enriquecerte jamás?

Y alzando la frente al cielo, exclamó: “¡Alah! ¡Tú sabes que yo no echo la red más que cuatro veces por día, y ya van tres!” Después invocó nuevamente el nombre de Alah y lanzó la red, aguardando que tocase al fondo. Esta vez, a pesar de todos sus esfuerzos, tampoco conseguía sacarla, pues a cada tirón se enganchaba más en las rocas del fondo. Entonces dijo: “¡No hay fuerza ni poder más que en Alah!”. Se desnudó, metiéndose en el agua y maniobrando alrededor de la red, hasta que la desprendió y la llevó a tierra. Al abrirla encontró un enorme jarrón de cobre dorado, lleno e intacto. La boca estaba cerrada con un plomo que ostentaba el sello de nuestro señor Soleimán, hijo de Daud.

El pescador se puso muy alegre al verlo, y se dijo: “He aquí un objeto que venderé en el zoco de los caldereros, porque bien vale sus diez dinares de oro”. Intentó mover el jarrón, pero hallándolo muy pesado, se dijo para sí: “Tengo que abrirlo sin remedio; meteré en el saco lo que contenga y luego lo venderé en el zoco de los caldereros”. Sacó el cuchillo y empezó a maniobrar, hasta que levantó el plomo. Entonces sacudió el jarrón, queriendo inclinarlo para verter el contenido en el suelo. Pero nada salió del vaso, aparte de una humareda que subió hasta lo azul del cielo y se extendió por la superficie de la tierra. Y el pescador no volvía de su asombro. Una vez que hubo salido todo el humo, comenzó a condensarse en torbellinos, y al fin se convirtió en un efit cuya frente llegaba a las nubes, mientras sus pies se hundían en el polvo. La cabeza del efit era como una cúpula; sus manos semejaban



rastrillos; sus piernas eran mástiles; su boca una caverna; sus dientes, piedras; su nariz, una alcarraza; sus ojos, dos antorchas, y su cabellera aparecía revuelta y empolvada. Al ver a este efit, el pescador quedó mudo de espanto, tembándole las carnes, encajados los dientes, la boca seca, y los ojos se le cegaron a la luz.

Cuando vio al pescador, el efit dijo: “¡No hay más Dios que Alah, y Soleimán es el profeta de Alah!” Y dirigiéndose hacia el pescador, prosiguió de este modo: “¡Oh tú, gran Soleimán, profeta de Alah, no me mates; te obedeceré siempre, y nunca me rebelaré contra tus mandatos!” Entonces exclamó el pescador: “¡Oh gigante audaz y rebelde, tú te atreves a decir que Soleimán es el profeta de Alah! Soleimán murió hace mil ochocientos años, y nosotros estamos al fin de los tiempos. ¿Pero qué historia vienes a contarme? ¿Cuál es el motivo de que estuvieras en este jarrón?”

Entonces el efit dijo: “No hay más Dios que Alah. Pero permite, ¡oh pescador!, que te anuncie una buena noticia”. Y el pescador repuso: “¿Qué noticia es esa?”

Y contestó el efit: “Tu muerte. Vas a morir ahora mismo, y de la manera más terrible”.

Y replicó el pescador: “¡Oh jefe de los efits! ¡mereces por esa noticia que el cielo te retire su ayuda! ¡Pueda él alejarte de nosotros! Pero ¿por qué deseas mi muerte? ¿qué hice para merecerla? Te he sacado de esa vasija, te he salvado de una larga permanencia en el mar, y te he traído a la tierra”.

Entonces el efrít dijo: “Piensa y elige la especie de muerte que prefieras; morirás del modo que gustes”.

Y el pescador dijo: “¿Cuál es mi crimen para merecer tal castigo?”

Y respondió el efrít: “Oye mi historia, pescador”.

Y el pescador dijo: “Habla y abrevia tu relato, porque de impaciente que se halla mi alma se me está saliendo por el pie”.

Y dijo el efrít: “Sabe que yo soy un efrít rebelde. Me rebelé contra Soleimán, hijo de Daud. Mi nombre es Sakhr El-Genni”.

Y Soleimán envió hacia mí a su visir Assef, hijo de Bar-khia, que me cogió a pesar de mi resistencia, y me llevó a manos de Soleimán. Y mi nariz en aquel momento se puso bien humilde.

Al verme, Soleimán hizo su conjuro a Alah y me mandó que abrazase su religión y me sometiese a su obediencia. Pero yo me negué. Entonces mandó traer ese jarrón, me aprisionó en él y lo selló con plomo, imprimiendo el nombre del Altísimo. Después ordenó a los efríts fieles que me llevaran en hombros y me arrojasen en medio del mar. Permanecí cien años en el fondo del agua, y decía de todo corazón: “Enriqueceré eternamente al que logre libertarme”. Pero pasaron los cien años y nadie me libró. Durante los otros cien años me decía: “Descubriré y daré los tesoros de la tierra a quien me liberte”. Pero nadie me libró. Y pasaron cuatrocientos años, y me dije: “Concederé tres cosas a quien me liberte”. Y nadie me libró tampoco.



Entonces, terriblemente encolerizado, dije con toda el alma: “Ahora mataré a quien me libre, pero le dejaré antes elegir, concediéndole la clase de muerte que prefiera”.

Entonces tú, ¡oh pescador!, viniste a libramme y por eso te permito que escojas la clase de muerte”.

El pescador, al oír estas palabras del efrít, dijo: “¡Por Alah que la oportunidad es prodigiosa! ¡Y había de ser yo quien te libertase! Indúltame, efrít, que Alah te recompensará! En cambio, si me matas, buscará quien te haga perecer”.

Entonces el efrít le dijo: “¡Pero si yo quiero matarte es precisamente porque me has libertado!”

Y el pescador le contestó: “¡Oh jeique de los efríts, así es como devuelves el mal por el bien! ¡A fe que no miente el proverbio!” Y recitó estos versos:

¿Quieres probar la amargura de las cosas? ¡Sé bueno y servicial!  
¡Los malvados desconocen la gratitud!

Pero el efrít le dijo: “Ya hemos hablado bastante. Sabe que sin remedio te he de matar.”

Entonces pensó el pescador: “Yo no soy más que un hombre y él un efrít, pero Alah me ha dado una razón bien despierta. Acudiré a una astucia para perderlo. Veré hasta dónde llega su malicia.” Y entonces dijo al efrít: “¿Has decidido realmente mi muerte?” Y el efrít contestó: “No lo dudes.” Entonces dijo: “Por el nombre del Altísimo, que está grabado en sello de Soleimán, te conjuro a

que respondas con verdad a mi pregunta.” Cuando el efrít oyó el nombre del Altísimo, respondió muy conmovido: “Pregunta, que yo contestaré la verdad.”

Entonces dijo el pescador: “¿Cómo has podido entrar por entero en este jarrón donde apenas cabe tu pie o tu mano?” El efrít dijo: “¿Dudas acaso de ello?” El pescador respondió: “Efectivamente, no lo creeré jamás mientras no vea con mis propios ojos que te metes en él.”

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Ella dijo: He llegado a saber, ¡oh rey afortunado!, que cuando el pescador dijo al efrít que no le creería como no lo viese con sus propios ojos, el efrít comenzó a agitarse, convirtiéndose nuevamente en humareda que subía hasta el firmamento. Después se condensó, y empezó a entrar en el jarrón poco a poco, hasta el fin. Entonces el pescador cogió rápidamente la tapadera de plomo, con el sello de Soleimán, y obstruyó la boca del jarrón. Después, llamando al efrít, le dijo: “Elige y piensa la clase de muerte que más te convenga; sino, te echaré al mar, y me haré una casa junto a la orilla, e impediré a todo el mundo que pesque, diciendo: “Allí hay un efrít, y si lo libran quiere matar a los que le libertan”.

Luego enumeró todas las variedades de muertes para facilitar la elección. Al oírle, el efrít intentó salir, pero no pudo, y vio que estaba encarcelado y tenía encima el sello de Soleimán, convenciéndose entonces de que el pescador le había encerrado en un calabozo contra el cual



no pueden prevalecer ni los más débiles ni los más fuertes de los efrits. Y comprendiendo que el pescador le llevaría hacia el mar, suplicó: “No me llesves, ¡no me llesves!” Y el pescador dijo: “No hay remedio”. Entonces, dulcificando su lenguaje, exclamó el efrít: “¡Ah pescador! ¿Qué vas a hacer conmigo?” El otro dijo: “Echarte al mar, que si has estado en él mil ochocientos años, no saldrás esta vez hasta el día del juicio. ¿No te rogué yo que me dejaras la vida para que Alah la conservase a ti y no me mataras para que Alah no te matase? Obrando infamemente rechazaste mi plegaria. Por eso Alah te ha puesto en mis manos, y no me remuerde el haberte engañado.

38

Entonces, dijo el efrít: “Ábreme el jarrón y te colmaré de beneficios.”

El pescador respondió: “Mientes, ¡oh maldito! Entre tú y yo pasa exactamente lo que ocurrió entre el visir del rey Yunán y el médico Ruyán.”

Y el efrít dijo: “¿Quiénes eran el visir del rey Yunán y el médico Ruyán?... ¿Qué historia es ésa?”

{Y contó el pescador la historia del rey Yunán, quien por los malos consejos de su visir, decide cortarle la cabeza al médico Ruyán después de haber sido curado de su enfermedad gracias a la sapiencia del médico. Este al conocer la suerte que le espera, pide que al cortarle la cabeza el rey lea unas palabras del libro del médico con la promesa de que la cabeza cortada responderá cualquier pregunta. El rey Yunán corta la cabeza del médico y al intentar leer las palabras del libro nota que las hojas están

pegadas y procede a despegarlas humedeciendo el dedo con su saliva, no contando con que el libro contiene un poderoso veneno, que termina matando al rey Yunán}

Sabe ahora, ¡oh efrít!, que si el rey Yunán hubiera conservado al médico Ruyán, Alah a su vez le habría conservado. Pero al negarse, decidió su propia muerte.

Y si tú, ¡oh efrít!, hubieses querido conservarme, Alah te habría conservado.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente. Y su hermana Doniazada le dijo: “¡Qué deliciosas son tus palabras!” Y Schehrazada contestó: “Nada es eso comparado con lo que os contaré la noche próxima, si vivo todavía y el rey tiene a bien conservarme”. Y pasaron aquella noche en la dicha completa y en la felicidad hasta por la mañana. Después el rey se dirigió al diwán. Y cuando terminó el diwán, volvió a su palacio y se reunió con los suyos.

Cuando llegó la sexta noche,  
Schehrazada dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado!, que cuando el pescador dijo al efrít: “Si me hubieras conservado, yo te habría conservado, pero no has querido más que mi muerte, y te haré morir prisionero en este jarrón y te arrojaré a ese mar”, entonces el efrít clamó y dijo:





“¡Por Alah sobre ti! ¡Oh pescador, no lo hagas! y consérvame generosamente, sin reconvenirme por mi acción, pues si yo fui criminal tú debes ser benéfico, y los proverbios conocidos dicen: “¡Oh tú, que haces bien a quien mal hizo; perdona sin restricciones el crimen del malhechor!”

Y tú, ¡oh pescador!, no hagas conmigo lo que hizo Umama con Atika”. El pescador dijo: “¿Y qué caso fue ese?” Y respondió el efrít: “No es ocasión para contar-lo estando encarcelado. Cuando tú me dejes salir, yo te contaré ese caso”.

40

Pero el pescador dijo: “¡Oh, eso nunca! Es absolutamente necesario que yo te eche al mar, sin que tengas medio de salir. Cuando yo supliqué y te imploraba, tú deseabas mi muerte, sin que hubiera cometido ninguna falta contra ti, ni bajaza alguna, sino únicamente favorecerte, sacándote de ese calabozo. He comprendido, por tu conducta conmigo, que eres de mala raza. Pero has de saber que voy a echarte al mar, y enteraré de lo ocurrido a todos los que intenten sacarte, y así te arrojarán de nuevo, y entonces permanecerás en ese mar hasta el fin de los tiempos para disfrutar todos los suplicios”.

El efrít le contestó: “Suéltame, que ha llegado el momento de contarte la historia. Además, te prometo no hacerte jamás ningún daño, y te seré muy útil en un asunto que te enriquecerá para siempre”.

Entonces el pescador se fijó bien en esta promesa de que si libertaba al efrít, no sólo no le haría jamás daño, sino que le favorecería en un buen negocio. Y cuando se

aseguró firmemente de su fe y de su promesa, y le tomó juramento por el nombre de Alah Todopoderoso, el pescador abrió el jarrón. Entonces el humo empezó a subir, hasta que salió completamente, y se convirtió en un efit, cuyo rostro era espantosamente horrible. El efit dio un puntapié al jarrón y lo tiró al mar. Cuando el pescador vio que el jarrón iba camino del mar, dio por segura su propia perdición, y orinándose encima, dijo: “Verdaderamente, no es esto una buena señal”. Después intentó tranquilizarse y dijo: “¡Oh efit! Alah Todopoderoso ha dicho: “Hay que cumplir los juramentos, porque se os exigirá cuenta de ellos”. Y tú prometiste y juraste que no me harías traición. Y si me la hicieses, Alah te castigará, porque es celoso, es paciente y no olvida. Y yo te digo lo que el médico Ruyán al rey Yunán: “Consérvame, y Alah te conservará”.

Al oír estas palabras, el efit rompió a reír y echando a andar delante de él, dijo: “¡Oh pescador, sígueme!” Y el pescador echó a andar detrás de él, aunque sin mucha confianza en su salvación. Y así salieron completamente de la ciudad, y se perdieron de vista, y subieron a una montaña, y bajaron a una vasta llanura, en medio de la cual había un lago. Entonces el efit se detuvo, y mandó al pescador que echara la red y pescase. Y el pescador miró a través del agua, y vio peces blancos y peces rojos, azules y amarillos. Al verlos se maravilló el pescador; después echó su red y cuando la hubo sacado encontró en ella cuatro peces, cada uno de color distinto.



Y se alegró mucho, y el efrít le dijo: “Ve con esos peces al palacio del sultán, ofrécelos y te dará con qué enriquecerte. Y, mientras tanto, ¡por Alah!, discúlpame mis rudezas, pues olvidé los buenos modales con mi larga estancia en el fondo del mar, donde me he pasado mil ochocientos años sin ver el mundo ni la superficie de la tierra. En cuanto a ti, vendrás todos los días a pescar a este sitio, pero nada más que una vez. Y ahora, que Alah te guarde con su protección”. Y el efrít golpeó con sus dos pies en tierra, y la tierra se abrió y le tragó.

Entonces el pescador volvió a la ciudad, muy maravillado de lo que le había ocurrido con el efrít. Después cogió los peces y los llevó a su casa, y en seguida, cogiendo una olla de barro, la llenó de agua y colocó en ella los peces, que comenzaron a nadar en el agua contenida en la olla. Después se puso esta olla en la cabeza y se encaminó al palacio del rey, según el efrít le había encargado. Cuando el pescador se presentó al rey y le ofreció los peces, el rey se asombró hasta el límite del asombro al ver aquellos peces que le ofrecía el pescador, porque nunca los había visto en su vida, ni de aquella especie ni de aquella calidad, y dispuso: “Que entreguen esos peces a nuestra cocina negra”. Porque esta esclava se la había regalado, hacía tres días solamente, el rey de los Rum, y aun no había tenido ocasión de lucirse en su arte de la cocina. Así es que el visir le mandó que friera los peces, y le dijo: “¡Oh buena negra! Me encarga el rey que te diga: “Si te guardo como un tesoro, ¡oh gota de mis ojos! es porque te reservo para

el día del ataque.” (Para las grandes ocasiones).

“De modo que demuéstranos hoy tu arte de cocinera y lo bueno de tus platos”. Dicho esto, volvió el visir después de hacer sus encargos, y el rey ordenó que diera al pescador cuatrocientos dinares. Habiéndoselos dado el visir, los guardó el pescador en una halda de su túnica, y volvió a su casa, cerca de su esposa, lleno de alegría y de expansión. Después compró a sus hijos todo lo que podían necesitar. Y hasta aquí es lo que le ocurrió al pescador.

En cuanto a la negra, cogió los peces, los limpió y los puso en la sartén. Después dejó que se frieran bien por un lado y los volvió en seguida del otro. Pero entonces, súbitamente, se abrió la pared de la cocina, y por allí se filtró en la cocina una joven de esbelto talle, mejillas redondas y tersas, párpados pintados con kohl negro, rostro gentil y cuerpo graciosamente inclinado. Llevaba en la cabeza un velo de seda azul, pendientes en las orejas, brazaletes en las muñecas, y en los dedos sortijas con piedras preciosas. Tenía en la mano una varita de bambú.

Se acercó, y metiendo la varita en la sartén, dijo:

“¡Oh peces! ¿seguís sosteniendo vuestra promesa?” Al ver aquello la esclava se desmayó y la joven repitió su pregunta por segunda y tercera vez. Entonces todos los peces levantaron la cabeza desde el fondo de la sartén, y dijeron: “¡Oh, sí... ! ¡Oh, sí... !”

Y entonaron a coro la siguiente estrofa:

¡Si tú vuelves sobre tus pasos, nosotros te imitaremos!



¡Si tú cumples tu promesa, nosotros cumpliremos la nuestra!  
¡Pero si quisieras escaparte, no hemos de dejar  
hasta que te declares vencida!

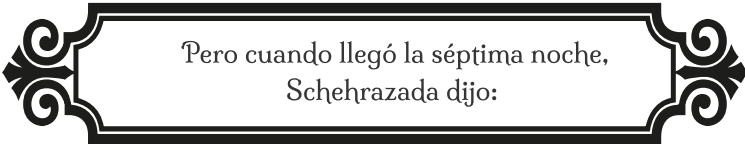
Al oír estas palabras, la joven derribó la sartén, y salió por el mismo sitio por donde había entrado, y el muro de la cocina se cerró de nuevo.

Cuando la esclava volvió de su desmayo, vio que se habían quemado los cuatro peces, y estaban negros como el carbón. Y comenzó a decir: “¡Pobres pescados! ¡Pobres pescados!” Y mientras seguía lamentándose, he aquí que se presentó el visir, asomándose por detrás de su cabeza, y le dijo: “Llévale los pescados al sultán”. Y la esclava se echó a llorar, y le contó al visir la historia de lo que había ocurrido, y el visir se quedó muy maravillado, y dijo: “Eso es verdaderamente una historia muy rara”. Y mandó buscar al pescador, y en cuanto se presentó el pescador, le dijo: “Es absolutamente indispensable que vuelvas con cuatro peces como los que trajiste la primera vez”. Y el pescador se dirigió al estanque, echó su red y la sacó conteniendo cuatro peces, que cogió y llevó al visir. Y el visir fue a entregárselos a la negra, y le dijo: “¡Levántate! ¡Vas a freírlos en mi presencia, para que yo vea qué asunto es éste!” Y la negra se levantó, preparó los peces y los puso al fuego en la sartén. Y apenas habían pasado unos minutos, hete aquí que se hendió la pared, y apareció la joven vestida siempre con las mismas vestiduras, y llevando siempre la varita en la mano. Metió la varita en la sartén, y dijo: “¡Oh peces! ¡Oh peces! ¿seguís cumpliendo vuestra

antigua promesa?”. Y los peces levantaron la cabeza, y cantaron a coro esta estrofa:

¡Si tú vuelves sobre tus pasos, nosotros te imitaremos!  
¡Si tú cumples tu juramento, nosotros cumpliremos el nuestro!  
Pero si tú reniegas de tus compromisos, gritaremos de tal modo  
que nos resarciremos!

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.



Pero cuando llegó la séptima noche,  
Schehrazada dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado!, que cuando los peces empezaron a hablar, la joven volcó la sartén con la varita, y salió por donde había entrado, cerrándose la pared de nuevo. Entonces el visir se levantó y dijo: “Es esta una cosa que verdaderamente no podría ocultar al rey”. Después se marchó en busca del rey y le refirió lo que había pasado en su presencia. Y mandó llamar al pescador y le ordenó que volviera con cuatro peces iguales a los primeros, para lo cual le dió tres días de plazo. Pero el pescador marchó en seguida al estanque, y trajo inmediatamente los cuatro peces. Entonces el rey dispuso que le dieran cuatrocientos dinares, y volviéndose hacia el visir,



le dijo: “Prepara tú mismo delante de mí esos pescados”. Y el visir contestó: “Escucho y obedezco”. Y entonces mandó llevar la sartén delante del rey, y se puso a freír los peces, después de haberlos limpiado bien, y en cuanto estuvieron fritos por un lado, los volvió del otro. Y de pronto se abrió la pared de la cocina y salió un negro semejante a un búfalo entre los búfalos, o a un gigante de la tribu de Had, y llevaba en la mano una rama verde, y dijo con voz clara y terrible: “¡Oh peces! ¡Oh peces! ¿Seguís sosteniendo vuestra antigua promesa?”

Y los peces levantaron la cabeza desde el fondo de la sartén, y dijeron: “Cierto que sí, cierto que sí”. Y declamaron a coro estos versos:

¡Si tú vuelves hacia atrás, nosotros volveremos!

¡Si tú cumples tu promesa, nosotros cumpliremos la nuestra!

¡Pero si te resistes, gritaremos tanto que acabarás por ceder!

Después el negro se acercó a la sartén, la volcó con la rama, y los peces se abrasaron, convirtiéndose en carbón. El negro se fue entonces por el mismo sitio por donde había entrado. Y cuando hubo desaparecido de la vista de todos, dijo el rey: “Es éste un asunto sobre el cual, verdaderamente, no podríamos guardar silencio. Además, no hay duda que estos peces deben tener una historia muy extraña”. Y entonces mandó llamar al pescador, y cuando se presentó el pescador le dijo: “¿De dónde proceden estos peces?” El pescador contestó: “De un estanque situado

entre cuatro colinas, detrás de la montaña que domina tu ciudad”. Y el rey, volviéndose hacia el pescador, le dijo: “¿Cuántos días se tarda en llegar a ese sitio?”

Y dijo el pescador: “¡Oh sultán, señor nuestro! Basta con media hora”.

El sultán quedó sorprendidísimo, y mandó a sus soldados que marchasen inmediatamente con el pescador. Y el pescador iba muy contrariado, maldiciendo en secreto al efrít. Y el rey y todos partieron y subieron a una montaña, y bajaron hasta una vasta llanura que en su vida habían visto anteriormente. Y el sultán y los soldados se asombraron de esta extensión desierta, situada entre cuatro montañas, y de aquel estanque en que jugaban peces de cuatro colores: rojos, blancos, azules y amarillos. Y el rey se detuvo y preguntó a los soldados y a cuantos estaban presentes: “¿Hay alguno de vosotros que haya visto anteriormente ese lago en este lugar?” Y todos respondieron: “¡Oh, no!”. Y el rey dijo: “¡Por Alah! No volveré jamás a mi capital ni me sentaré en el trono de mi reino sin averiguar la verdad sobre este lago y los peces que encierra”. Y mandó a los soldados que cercaran las montañas. Y los soldados así lo hicieron. Entonces el rey llamó a su visir. Porque este visir era hombre sabio, elocuente, versado en todas las ciencias. Cuando se presentó ante el rey, éste le dijo: “Tengo intención de hacer una cosa y voy a enterarte de ella. Deseo aislarme completamente esta noche y marchar yo solo a descubrir el misterio de este lago y sus peces. Por consiguiente, te quedarás a la puerta de mi tienda,





y dirás a los emires, visires y chambelanes: “El sultán está indispuesto y me ha mandado que no deje pasar a nadie”. Y a ninguno revelarás mi intención”. De este modo el visir no podía desobedecer.

Entonces el rey se disfrazó, y ciñéndose su espada, se escabulló de entre su gente sin que nadie lo viese. Y estuvo andando toda la noche sin detenerse hasta la mañana, en que el calor, demasiado excesivo, le obligó a descansar. Después anduvo durante todo el resto del día y durante la segunda noche hasta la mañana siguiente. Y he aquí que vio a lo lejos una cosa negra, y se alegró de ello y dijo: “Es probable que encuentre allí a alguien que me contará la historia del lago y sus peces”. Y al acercarse a esta cosa negra vió que aquello era un palacio enteramente construido con piedras negras, reforzado con grandes chapas de hierro, y que una de las hojas de la puerta estaba abierta y la otra cerrada. Entonces se alegró mucho, y parándose ante la puerta, llamó suavemente, pero como no le contestasen llamó por segunda y por tercera vez. Después, y como seguían sin contestar, llamó por cuarta vez, pero con gran violencia, y nadie contestó tampoco. Entonces se dijo: “No hay duda, este palacio está desierto”. Y en seguida, tomando ánimos, penetró por la puerta del palacio y llegó a un pasillo, y allí dijo en alta voz: “¡Ah del palacio! Soy un extranjero, un caminante que pide provisiones para continuar su viaje”.

Después reiteró su demanda por segunda y tercera vez, y como no le contestasen, afirmó su corazón y fortificó

su alma, y siguió por aquel corredor hasta el centro del palacio. Y no encontró a nadie. Pero vio que todo el palacio estaba suntuosamente revestido de tapices y que en el centro de un patio interior había un estanque coronado por cuatro leones de oro rojo, de cuyas fauces brotaba un chorro de agua que semejaba perlas y pedrería. En torno veíanse numerosos pájaros, pero no podían volar fuera del palacio, por impedírselo una gran red tendida por encima de todo. Y el rey se maravilló al ver aquellas cosas, aunque afligiéndose por no encontrar a alguien que le pudiese revelar el enigma del lago, de los peces, de las montañas y del palacio. Después se sentó entre dos puertas, y meditó profundamente. Pero de pronto oyó una queja muy débil que parecía brotar de un corazón dolorido, y oyó una voz dulce que cantaba quedamente estos versos:

¡Mis sufrimientos ¡ay! no he podido ocultarlos,  
y mi mal de amores fue revelado...!  
¡Y ahora el sueño se aparta de mis ojos para convertirse  
en insomnio constante!  
¡Oh amor! ¡Viniste al oír mi voz pero cuánta tortura  
dejaste mis pensamientos!  
¡Ten piedad de mí! ¡Déjame gustar del reposo!  
¡Y sobre todo,  
no vayáis a visitar a Aquella que es toda mi alma,  
para hacerla padecer!  
¡Porque Ella es mi consuelo en las penas y peligros!



Cuando el rey oyó estas quejas amargas se levantó y se dirigió hacia el lugar de donde procedían. Llegó hasta una puerta cubierta por un tapiz. Levantó el tapiz, y en un gran salón vio un joven que estaba reclinado en un gran lecho. Este joven era muy hermoso; su frente parecía una flor, sus mejillas igual que la rosa, y en medio de una de ellas tenía un lunar como una gota de ámbar negro.

Ya lo dijo el poeta:

¡El joven es esbelto y gentil!

¡Sus cabellos de tinieblas son tan negros que forman la noche!

¡Su frente es tan blanca que ilumina la noche!

¡Nunca los ojos de los hombres presenciaron una fiesta como el espectáculo de sus gracias!

¡Le conocerás entre todos los jóvenes por el lunar que tiene en la rosa de su mejilla, precisamente debajo de uno de sus ojos!

Al verle, el rey, muy complacido, le dijo: “¡La paz sea contigo!”. Y el joven siguió echado en la cama, vistiendo un traje de seda bordado de oro. Con un acento de tristeza que parecía extenderse por toda su persona, devolvió el saludo del rey y le dijo: “¡Oh señor! ¡Perdona que no me pueda levantar!”. Pero el rey contestó: “¡Oh joven! Entérame de la historia de ese lago y de sus peces de colores, así como del misterio de este palacio y de la causa de su soledad y de tus lágrimas”.

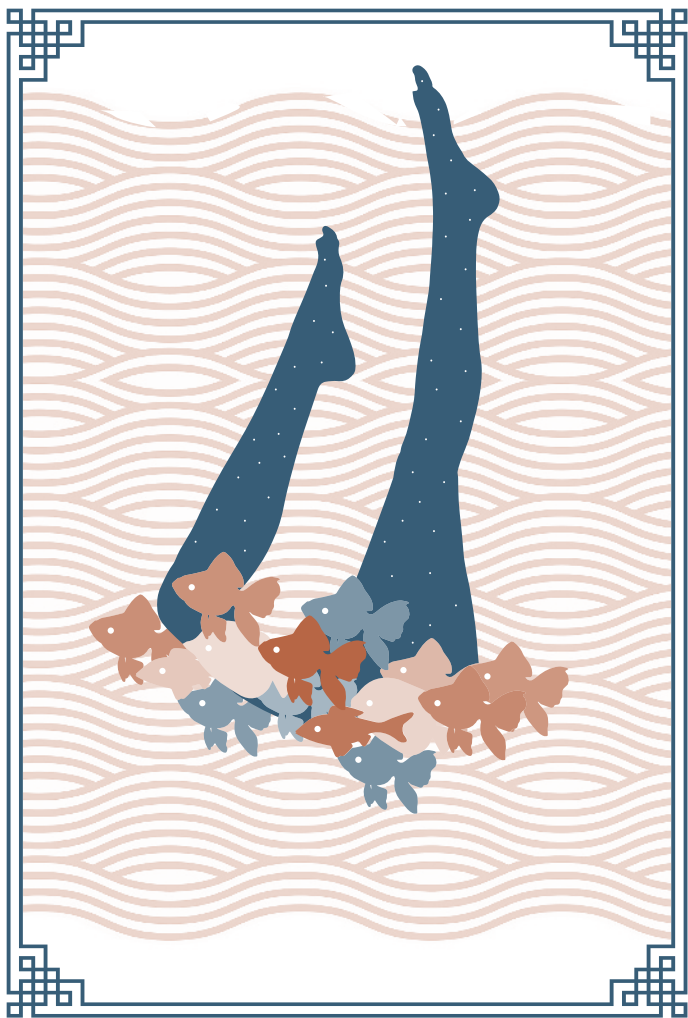
Al oírlo, el joven derramó nuevas lágrimas, que corrían a lo largo de sus mejillas, y el rey se asombró y le dijo:

“¡Oh joven! ¿qué es lo que te hace llorar?” Y el joven respondió: “¿Cómo no he de llorar, si me veo en este estado?” Y el joven, alargando las manos hacia el borde de su túnica, la levantó. Y entonces el rey vió que toda la mitad inferior del joven era de mármol, y la otra mitad, desde el ombligo hasta el cabello de la cabeza, era de un hombre. Y el joven dijo al rey: “Sabe, ¡oh señor!, que la historia de los peces es una cosa tan extraordinaria, que si se escribiera con una aguja en el ángulo interior del ojo, a fin de que todo el mundo la viera, sería una gran lección para el observador cuidadoso”.

Y el joven contó la historia que sigue:



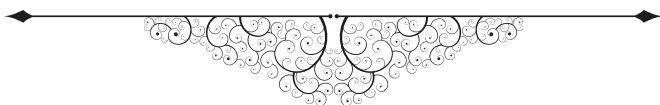




◆ ..... ◆  
¡Oh corazón mío! ¿Ha de durar mucho  
esta separación angustiosa?



## Historia del joven encantado y los peces de colores



Sabe, ¡oh señor!, que mi padre era rey de esta ciudad. Se llamaba Mahmud, y era rey de las Islas Negras y de estas cuatro montañas. Mi padre reinó setenta años, y después se extinguió en la misericordia del Retribuidor. Después de su muerte, fui yo sultán y me casé con la hija de mi tío. Me quería con amor tan poderoso, que si por casualidad tenía que separarme de ella, no comía ni bebía hasta mi regreso. Y así siguió bajo mi protección durante cinco años, hasta que fue un día al hammam, después de haber mandado al cocinero que preparase los manjares para nuestra cena. Entré en el palacio y reclinándome en el lugar de costumbre, mandé a dos esclavas que me hicieran aire con los abanicos. Una se puso a mi cabeza y otra a mis pies. Pero pensando en la ausencia de mi esposa, se apoderó de mí el insomnio, y no pude conciliar el sueño, porque ¡si mis ojos se cerraban, mi alma permanecía en vela! Oí entonces a la esclava que estaba detrás de mi cabeza hablar de este modo a la que estaba a mis pies: “¡Oh Masauda! ¡Qué desventurada juventud la de nuestro dueño! ¡Qué tristeza





para él tener una esposa como nuestra ama, tan páfida y tan criminal!”. Y la otra respondi6: “¡Maldiga Alah a las mujeres adúlteras! Porque esa infame nunca podrá tener un hombre mejor que nuestro dueño, y sin embargo, se pasa las noches en el lecho de unos y otros”. Y la primera esclava dijo: “Nuestro dueño debe de ser muy impasible cuando no hace caso de las acciones de esa mujer”. Y repuso la otra: “¿Pero qué dices? ¿Puede sospechar siquiera nuestro amo lo que hace ella? ¿Crees que la dejaría en libertad de obrar así? Has de saber que esa páfida pone siempre algo en la copa en que bebe nuestro amo todas las noches antes de acostarse. Le echa banj (Bang o Bani. Haschis, marihuana o cualquier droga como el extracto de beleño) y le hace dormir con eso. En tal estado, no puede saber lo que ocurre, ni a dónde va ella, ni lo que hace. Entonces, después de darle a beber el banj, se viste y se va, dejándole solo, y no vuelve hasta el amanecer. Cuando regresa, le quema una cosa debajo de la nariz para que la huela, y así despierta nuestro amo de su sueño”.

En el momento que o, ¡oh señor!, lo que decían las esclavas, se cambi en tinieblas la luz de mis ojos. Y deseaba ardientemente que viniera la noche para encontrarme de nuevo con la hija de mi tío. Por fin volvió del hammam. Y entonces se puso la mesa, y estuvimos comiendo durante una hora, dándonos mutuamente de beber, como de costumbre, después pedí el vino que sola beber todas las noches antes de acostarme, y ella me acercó la copa. Pero yo me guardó muy bien de beber, y fing que la llevaba

a los labios, como de costumbre, pero la derramé rápidamente por la abertura de mi túnica, y en la misma hora y en el mismo instante me eché en la cama, haciéndome el dormido. Y ella dijo entonces: “¡Duerme! ¡Y así no te despiertes nunca más! ¡Por Alah, te detesto! Y detesto hasta tu imagen, y mi alma está harta de tu trato”. Después se levantó, se puso su mejor vestido, se perfumó, se ciñó una espada, y abriendo la puerta del palacio se marchó. En seguida me levanté yo también, y la fui siguiendo hasta que hubo salido del palacio. Y atravesó todos los zocos, y llegó por fin hasta las puertas de la ciudad, que estaban cerradas. Entonces habló a las puertas en un lenguaje que no entendí, y los cerrojos cayeron y las puertas se abrieron, y ella salió. Y yo eché a andar detrás de ella, sin que lo notase, hasta que llegó a unas colinas formadas por los amontonamientos de escombros, y a una torre coronada por una cúpula y construida de ladrillos. Ella entró por la puerta, y yo me subí a lo alto de la cúpula, donde había una terraza, y desde allí me puse a vigilarla. Y he aquí que ella entró en la habitación de un negro muy negro. Este negro era horrible, tenía el labio superior como la tapadera de una marmita y el inferior como la marmita misma, ambos tan colgantes, que podían escoger los guijarros entre la arena. Estaba podrido de enfermedades y tendido sobre un montón de cañas de azúcar.

Al verle, la hija de mi tío besó la tierra entre sus manos, y él levantó la cabeza hacia ella, y le dijo: ¡Desdichas sobre ti! ¿Cómo has tardado tanto? He convidado a los



negros, que se han bebido el vino y se han entrelazado ya con sus queridas. Y yo no he querido beber por causa tuya”. Ella contestó: “¡Oh dueño mío, querido de mi corazón! ¿no sabes que estoy casada con el hijo de mi tío, que detesto hasta su imagen y que me horroriza estar con él? Si no fuese por el temor de hacerte daño, hace tiempo que habría derruido toda la ciudad, en la que sólo se oiría la voz de la corneja y el mochuelo, y además habría transportado las ruinas al otro lado del Cáucaso”.

Y contestó el negro: “¡Mientes, infame! Juro por el honor y por las cualidades viriles de los negros, y por nuestra infinita superioridad sobre los blancos, que como vuelvas a retrasarte otra vez, a partir de este día, repudiaré tu trato y no pondré mi cuerpo encima del tuyo. ¡Oh pérfida traidora! De seguro que te has retrasado para saciar en otra parte tus deseos de hembra. ¡Qué basura! ¡Eres la más despreciable de las mujeres blancas!” Después la cogió debajo de él. Y llegó entre ellos aquello que llegó.

Así narraba el príncipe dirigiéndose al rey. Y prosiguió de este modo:

“Cuando oí toda aquella conversación y vi con mis propios ojos eso que siguió entre ambos, el mundo se convirtió en tinieblas para mí y no supe ni dónde estaba. En seguida la hija de mi tío rompió a llorar y a lamentarse humildemente entre las manos del negro, y le decía: “¡Oh, amante mío, orgullo de mi corazón! ¡No tengo a nadie más que a ti! ¡Si me despidieses me moriría! ¡Oh, amor mío! ¡Luz de mis ojos”. Y no cesó en su llanto ni en sus

súplicas hasta que la hubo perdonado. Entonces, llena de alegría, se levantó, se quitó todos los vestidos, incluso el calzón, y se quedó completamente desnuda. Y dijo después: “Amo mío, ¿tienes con qué alimentar a tu esclava?”. Y contestó el negro: “Levanta la tapadera de la cacerola, allí encontrarás un guisado de huesos de ratones, que ha de satisfacerte. En este jarro que ves ahí hay buza (bebida fermentada de baja calidad muy apreciada por los negros) y la puedes beber”.

Y ella comió y bebió y fue a lavarse las manos. Después se acostó sobre el montón de cañas, y completamente desnuda se acurrucó contra el negro, cubriéndose con unos harapos infectos.

Al ver todas estas cosas que hacía la hija de mi tío, no pude contenerme más, y bajando de la cúpula y precipitándome en la habitación, cogí la espada que llevaba la hija de mi tío, resuelto a matar a ambos.

Y comencé por herir primeramente al negro, dándole un tajo en el cuello, y creí que había perecido”.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aproximarse la mañana, y se calló discretamente. Y cuando lució la mañana, Schahriar entró en la sala de justicia, y el diwán estuvo lleno hasta el fin del día. Después el rey volvió a palacio, y Doniazada dijo a su hermana: “Te ruego que prosigas tu relato”. Y ella respondió: “De todo corazón, y como homenaje debido”.



Y cuando llegó la octava noche,  
Schehrazada dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado!, que el joven encantado dijo al rey:

“Al herir al negro para cortarle la cabeza, corté efectivamente su piel y su carne, y creí que lo había matado, porque lanzó un estertor horrible. Y a partir de ese momento, nada sé sobre lo que ocurrió. Pero al día siguiente, vi que la hija de mi tío se había cortado el pelo y se había vestido de luto. Después me dijo: “¡Oh hijo de mi tío! No censures lo que hago, porque acabo de saber que se ha muerto mi madre, que a mi padre lo han matado en la guerra santa, que uno de mis hermanos ha fallecido de picadura de escorpión y que el otro ha quedado enterrado bajo las ruinas de un edificio; de modo que tengo motivos para llorar y afligirme”. Fingiendo que la creía, le dije: “Haz lo que creas conveniente, pues no he de prohibírtelo”. Y permaneció encerrada con su luto, con sus lágrimas y sus accesos de dolor durante todo un año, desde su comienzo hasta el otro comienzo.

Y transcurrido el año, me dijo: “Deseo construir para mí una tumba en este palacio; allí podré aislarme con mi soledad y mis lágrimas, y la llamaré la Casa de los Duelos”. Yo le dije: “Haz lo que tengas por conveniente”. Y se mandó construir esta Casa de los Duelos, coronada por una cúpula, y conteniendo un subterráneo como una tumba.

Después transportó allí al negro, que no había muerto, pues sólo había quedado muy enfermo y muy débil, aunque en realidad ya no le podía servir de nada a la hija de mi tío. Pero esto no le impedía estar bebiendo a todas horas vino y buza. Y desde el día en que le herí no podía hablar y seguía viviendo, pues no le había llegado todavía su hora.

Ella iba a verlo todos los días, entrando en la cúpula, y sentía a su lado accesos de llanto y de locura, y le daba bebidas y condimentos. Así hizo, por la mañana y por la noche, durante todo otro año. Yo tuve paciencia durante este tiempo; pero un día, entrando de improviso en su habitación, la oí llorar y arañarse la cara y decir amargamente estos versos:

¡Partiste, ¡oh muy amado mío! y he abandonado a los hombres  
y vivo en la soledad, porque mi corazón no puede amar nada desde  
que partiste, ¡oh muy amado mío!  
¡Si vuelves a pasar cerca de tu muy amada, recoge por favor  
sus despojos mortales, en recuerdo de su vida terrena,  
y dales el reposo en la tumba donde tú quieras,  
pero cerca de ti, si vuelves a pasar cerca de tu muy amada!  
¡Que tu voz se acuerde de mi nombre de otro tiempo  
para hablarme en la tumba!  
¡Oh, pero en mi tumba sólo oirás el triste sonido de mis huesos  
al chocar unos con otros!

Cuando hubo terminado su lamentación, desenvainé la espada, y le dije: “¡Oh traidora! sólo hablan así las infames



que reniegan de sus amores y pisotean el cariño”. Y levantando el brazo, me disponía a herirla, cuando ella, descubriendo entonces que había sido yo quien hirió al negro, se puso de pie, pronunciando unas palabras misteriosas, y dijo: “Por la virtud de mi magia, que Alah te convierta mitad piedra y mitad hombre”. E inmediatamente, señor, quedé como me ves. Y ya no puedo valerme ni hacer un movimiento, de suerte que no estoy ni muerto ni vivo. Después de ponerme en tal estado, encantó las cuatro islas de mi reino, convirtiéndolas en montañas, con ese lago en medio de ellas, y a mis súbditos los transformó en peces. Pero hay más. Todos los días me tortura azotándome con una correa, dándome cien latigazos, hasta que me hace sangrar. Y después me pone sobre las carnes una camisa de crin, cubriéndola con la ropa”.

El joven se echó entonces a llorar y recitó estos versos:

¡Aguardando tu sentencia y tu justicia, ¡oh mi señor!  
sufro pacientemente, pues tal es tu voluntad!  
¡Pero me ahogan mis desgracias! ¡Y sólo puedo recurrir a ti,  
¡oh, Señor! ¡oh Alah, adorado por nuestro bendito Profeta!

El rey dijo entonces al joven: “Has añadido una pena a mis penas; pero dime, ¿dónde está esa mujer?” Y respondió el mancebo: “En la tumba, donde está el negro, debajo de la cúpula. Todos los días viene a esta habitación, me desnuda, y me da cien latigazos, y yo lloro y grito, sin poder hacer un movimiento para defenderme. Después de

martirizarme, se va junto al negro, llevándole vinos y licores hervidos”. Entonces exclamó el rey: “¡Oh excelente joven! ¡Por Alah! voy a hacerte un favor tan memorable, que después de mi muerte pasará al dominio de la Historia”. Y ya no añadió más, y siguió la conversación hasta que se acercó la noche. Después se levantó el rey y aguardó que llegase la hora nocturna de las brujas. Entonces se desnudó, volvió a ceñirse la espada, y se fue hacia el sitio donde se encontraba el negro. Había allí velas y farolillos colgados, y también perfumes, incienso y distintas pomadas. Se fue derechamente al negro, le hirió, le atravesó y le hizo vomitar el alma. En seguida se lo echó a los hombros y lo arrojó al fondo de un pozo que había en el jardín. Después volvió a la cúpula, se vistió con las ropas del negro, y se paseó durante un instante, a todo lo largo del subterráneo, tremolando en su mano la espada completamente desnuda.

Transcurrida una hora, la desvergonzada bruja llegó a la habitación del joven. Apenas hubo entrado, desnudó al hijo de su tío, cogió el látigo y empezó a pegarle. Entonces él gritaba: “¡No me hagas sufrir más! ¡Bastante terrible es mi desgracia! ¡Ten piedad de mi”. Ella respondió: “¿La tuviste de mí? ¿Respetaste a mi amante? Así, pues, ¡toma, toma!”. Después le puso la túnica de crin, colocándole la otra ropa por encima, e inmediatamente marchó al aposento del negro, llevándose la copa de vino y la taza de plantas hervidas. Y al entrar debajo de la cúpula, se puso a llorar e imploró: “¡Oh, dueño mío, háblame, hazme oír tu





voz!”. Y recitó dolorosamente estos versos:

¡Oh, corazón mío! ¿Ha de durar mucho esta separación  
tan angustiada? ¡El amor con que me traspasaste  
es un tormento que supera mis fuerzas!

¡Hasta cuándo seguirás huyendo de mí!

¡Si sólo querías mi dolor y mi amargura, ya serás feliz,  
pues bien se han cumplido tus deseos!

Después rompió en sollozos y volvió a implorar: “¡Oh dueño mío! Háblame, que yo te oiga”. Entonces el supuestamente negro torció la lengua y empezó a imitar el habla de los negros: “¡No hay fuerza ni poder sin la ayuda de Alah!” La bruja, al oír hablar al negro, después de tanto tiempo, dio un grito de júbilo y cayó desvanecida, pero pronto volvió en sí, y dijo: “¿Es que mi dueño está curado?” Entonces el rey, fingiendo la voz y haciéndola muy débil, dijo: “¡Oh miserable libertina! No mereces que te hable”. Y ella dijo: “¿Pero por qué?” Y él contestó: “Porque siempre estás castigando a tu marido, y él da voces, y esto me quita el sueño toda la noche hasta la mañana. De otro modo ya habría yo recobrado las fuerzas. Eso precisamente me impide contestarte”. Y ella dijo: “Pues ya que tú me lo mandas, lo libraré del estado en que se encuentra”. Y él contestó: “Sí, líbralo y recobramos la tranquilidad”. Y dijo la bruja: “Escucho y obedezco”. Después salió de la cúpula, marchó al palacio, cogió una taza de cobre llena de agua, pronunció unas palabras mágicas, y el agua em-

pezó a hervir, como hierve en la marmita. Entonces echó un poco de esta agua al joven y dijo: “¡Por la fuerza de mi conjuro, te mando que salgas de esa forma y recuperes la primitiva!” Y el joven se sacudió todo él, se puso de pie, y exclamó muy dichoso al verse libre: “¡No hay más Dios que Alah, y Mohamed es el Profeta de Alah! ¡Sean con Él la bendición y la paz de Alah!” Y ella dijo: “¡Vete, y no vuelvas por aquí porque te mataré!”. Y se lo gritó en la cara. Entonces el joven se fue de entre sus manos. Y he aquí todo lo referente a él.


En cuanto a la bruja, volvió en seguida a la cúpula, descendió al subterráneo y dijo: “¡Oh dueño mío! levántate, que te vea yo”. Y el rey contestó muy débilmente: “Aun no has hecho nada. Queda otra cosa para que recobre la tranquilidad. No has suprimido la causa principal de mis males”. Y ella dijo: “¡Oh amado mío! ¿cuál es esa causa principal?” Y el rey contestó: Esos peces del lago, los habitantes de la antigua ciudad y de las cuatro islas, no dejan de sacar la cabeza del agua a medianoche, para lanzar imprecaciones contra ti y contra mí. Y este es el motivo de que no recobre yo las fuerzas. Libértalos, pues. Entonces podrás venir a darme la mano y ayudarme a levantar, porque seguramente habré vuelto a la salud”.

Cuando la bruja oyó estas palabras, que creía del negro, exclamó muy alegre: “¡Oh, dueño mío! pongo tu voluntad sobre mi cabeza, y sobre mis ojos”. E invocando el nombre de Bismillah, se levantó muy dichosa, echó a correr, llegó al lago, cogió un poco de agua y...



En ese momento de la narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.

Pero cuando llegó la novena noche,  
Schehrazada dijo:

66  He llegado a saber, ¡oh rey afortunado!, que cuando la bruja cogió un poco de agua y pronunció unas palabras misteriosas, los peces empezaron a agitarse, irguiendo la cabeza, y acabaron por convertirse en hijos de Adán, y en la hora y en el instante se desató la magia que sujetaba a los habitantes de la ciudad. Y la ciudad se convirtió en una población floreciente, con magníficos zocos bien contruidos y cada habitante se puso a ejercer su oficio. Y las montañas volvieron a ser islas como en otro tiempo. Y hete aquí todo lo que hubo respecto a esto. Por lo que se refiere a la bruja ésta volvió junto al rey, y como le seguía tomando por el negro, le dijo: “¡Oh querido mío!, dame tu mano generosa para besarla”.

Y el rey le respondió en voz baja: “Acércate más a mí”. Y ella se aproximó. Y el rey cogió de pronto su buena espada, y le atravesó el pecho con tal fuerza, que la punta le salió por la espalda. Después, dando un tajo, la partió en dos mitades.

Hecho esto salió en busca del joven encantado, que le esperaba de pie. Entonces le felicitó por su desencanta-

miento, y el joven le besó la mano, y le dio efusivamente las gracias. Y le dijo el rey: “¿Quieres marchar a tu ciudad, o acompañarme a la mía?” Y el joven contestó: “¡Oh, rey de los tiempos! ¿sabes cuánta distancia hay de aquí a tu ciudad?” Y dijo el rey: “Dos días y medio”. Entonces le dijo el joven: “¡Oh rey! si estás durmiendo, despierta. Para ir a tu capital emplearás, con la voluntad de Alah, todo un año. Si llegaste aquí en dos días y medio, fue porque esta población estaba encantada. Y cuenta, ¡oh rey!, que no he de apartarme de ti ni siquiera el instante que dura un parpadeo”. El rey se alegró al oírlo, y dijo: “Bendigamos a Alah, que ha dispuesto te encontrase en mi camino. Desde hoy serás mi hijo, ya que Alah no me los ha querido dar hasta ahora”. Y se echaron uno en brazos del otro, y se alegraron hasta el límite de la alegría.

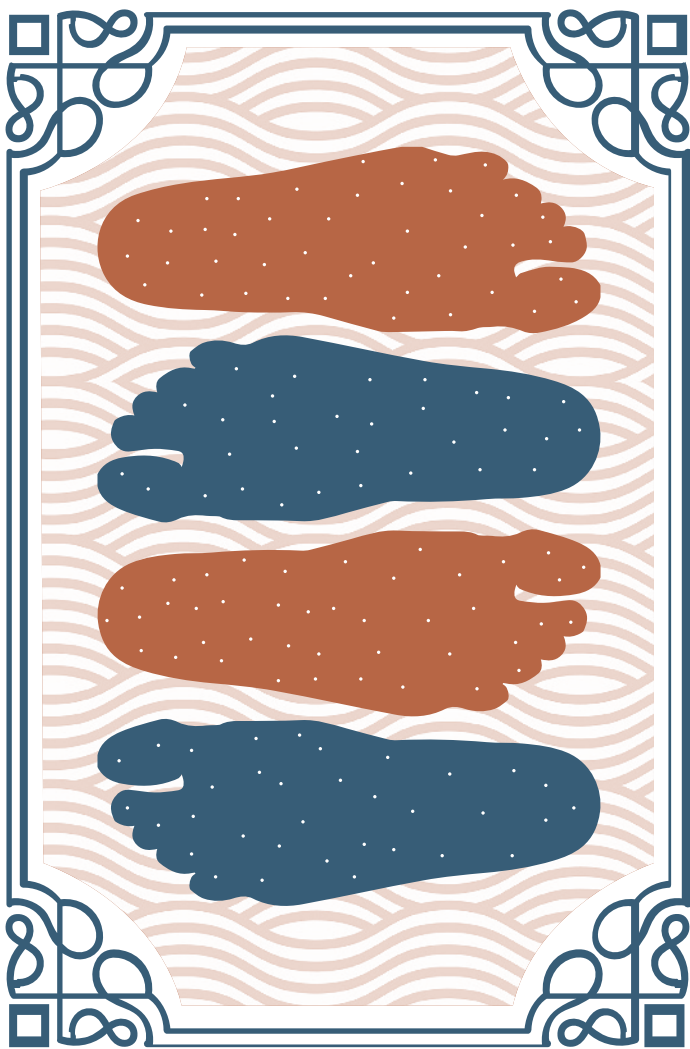
Dirigieron entonces al palacio del rey que había estado encantado. Y el joven anunció a los notables de su reino que iba a partir para la santa peregrinación a la Meca. Y hechos los preparativos necesarios, partieron él y el rey, cuyo corazón anhelaba el regreso a su país, del que estaba ausente hacía un año. Marcharon, pues, llevando cincuenta mamalik (Mamelucos, soldados esclavos) cargados de regalos. Y no dejaron de viajar día y noche durante un año entero, hasta que avistaron la ciudad. El visir salió con los soldados al encuentro del rey, muy satisfecho de su regreso, pues había llegado a temer no verle más. Y los soldados se acercaron, y besaron la tierra entre sus manos, y le dieron la bienvenida. Y entró en el palacio y se sentó



en su trono. Después llamó al visir y le puso al corriente de cuanto le había ocurrido. Cuando el visir supo la historia del joven, le dio la enhorabuena por su desencantamiento y su salvación.

Mientras tanto, el rey gratificó a muchas personas, y después dijo al visir: “Que venga aquel pescador que en otro tiempo me trajo los peces”. Y el visir mandó llamar al pescador que había sido causa del desencantamiento de los habitantes de la ciudad. Y cuando se presentó le ordenó el rey que se acercase, y le regaló trajes de honor, preguntándole acerca de su manera de vivir y si tenía hijos. Y el pescador dijo que tenía un hijo y dos hijas. Entonces el rey se casó con una de sus hijas, y el joven se casó con la otra. Después el rey conservó al pescador a su lado y le nombró tesorero general.

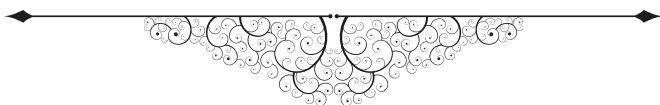
En seguida envió a su visir a la ciudad del joven, situada en las Islas Negras, y le nombró sultán de aquellas islas, escoltándole los cincuenta mamalik con numerosos trajes de honor para todos aquellos emires. El visir, al despedirse, besó ambas manos del sultán y salió para su destino. Y el rey y el joven siguieron juntos, muy felices con sus esposas, las dos hijas del pescador, gozando una vida de venturosa tranquilidad y cordial esparcimiento. En cuanto al pescador, nombrado tesorero general, se enriqueció mucho y llegó a ser el hombre más rico de su tiempo. Y todos los días veía a sus hijas, que eran esposas de reyes. ¡Y en tal estado, después de numerosos años completos, fue a visitarles la Separadora de los amigos, la Inevitable, la Silenciosa, la Inexorable! ¡Y ellos murieron!



¡Si la vierais, me disculparíais! Porque el mismo Alah  
cinceló esa joya con el licor de la vida!



## Historia del cargador y las mocitas



Había en la ciudad de Bagdad un hombre que era soltero y además mozo de cordel.

Un día entre los días, mientras estaba en el zoco, indolentemente apoyado en su espuerta, se paró delante de él una mujer con un ancho manto de tela de Mussul, en seda sembrada de lentejuelas de oro y forro de brocato. Levantó un poco el velillo de la cara y aparecieron por debajo dos ojos negros con largas pestañas y ¡qué párpados! Era esbelta, sus manos y sus pies muy pequeños, y reunía, en fin, un conjunto de perfectas cualidades. Y dijo con su voz llena de dulzura: “¡Oh mandadero! Coge la espuerta y sígueme”. Y el mandadero, sorprendidísimo, no supo si había oído bien, pero cogió la espuerta y siguió a la joven, hasta que se detuvo a la puerta de una casa. Llamó y salió un nusraní (nazareno, cristiano) que por un dinar le dio una medida de aceitunas, y ella las puso en la espuerta, diciendo al mozo: “Lleva eso y sígueme”.

Y el mandadero exclamó: “¡Por Alah! ¡Bendito día!” Y cogió otra vez la espuerta y siguió a la joven. Y he





aquí que se paró ésta en la frutería y compró manzanas de Siria, membrillos osmani, melocotones de Omán, jazmines de Alepo, nenúfares de Damasco, cohombros del Nilo, limones de Egipto, cidras sultaní, bayas de mirto, flores de henné, anémonas rojas de color de sangre, violetas, flores de granado y narcisos. Y lo metió todo en la espuerta del mandadero, y le dijo: “Llévalo”.

Y él lo llevó, y la siguió hasta que llegaron a la carnicería, donde dijo la joven: “Corta diez artal de carne”.

Y el carnicero cortó los diez artal, y ella los envolvió en hojas de banano, los metió en la espuerta, y dijo: “Llévalo, ¡oh mandadero!” Y él lo llevó así, y la siguió hasta encontrar un vendedor de almendras, al cual compró la joven toda clase de almendras, diciendo al mozo: “Llévalo y sígueme”. Y cargó otra vez con la espuerta y la siguió hasta llegar a la tienda de un confitero, y allí compró ella una bandeja y la cubrió de cuanto había en la confitería: enrejados de azúcar con manteca, pastas aterciopeladas perfumadas con almizcle y deliciosamente rellenas, bizcochos llamados sabun, pastelillos, tortas de limón, confituras sabrosas, dulces llamados muchabac, bocadillos huecos llamados lucmet-el-kadí, otros cuyo nombre es assabihzeinab, hechos con manteca, miel y leche. Después colocó todas aquellas golosinas en la bandeja, y la bandeja encima de la espuerta.

Entonces el mandadero dijo: “Si me hubieras avisado habría alquilado una mula para cargar tanta cosa”. Y la joven sonrió al oírlo. Después se detuvo en casa de un

destilador y compró diez clases de aguas: de rosas, de azahar y otras muchas, y varias bebidas embriagadoras, como asimismo un hisopo para aspersiones de agua de rosas almizclada, granos de incienso macho, palo de áloe, ámbar gris y almizcle, y finalmente velas de cera de Alejandría.

Todo lo metió en la espuerta, y dijo al mozo: “Lleva la espuerta y sígueme”. Y el mozo la siguió, llevando siempre la espuerta, hasta que la joven llegó a un palacio, todo de mármol, con un gran patio que daba al jardín de atrás. Todo era muy lujoso, y el pórtico tenía dos hojas de ébano, adornadas con chapas de oro rojo.

La joven llamó, y las dos hojas de la puerta se abrieron. El mandadero vio entonces que había abierto la puerta otra joven, cuyo talle, elegante y gracioso, era un verdadero modelo, especialmente por sus pechos redondos y salientes, su gentil apostura, su belleza y todas las perfecciones de su talle y de todo lo demás. Su frente era blanca como la primera luz de la luna nueva, sus ojos como los ojos de las gacelas, sus cejas como la luna creciente del Ramadán, sus mejillas como anémonas, su boca como el sello de Soleimán, su rostro como la luna llena al salir, sus dos pechos como granadas gemelas. En cuanto a su vientre juvenil, elástico y flexible, se ocultaba bajo la ropa como una carta preciada bajo el rollo que la envuelve.

Por eso, a su vista, notó el mozo que se le iba el juicio y que la espuerta se le venía al suelo. Y dijo para sí: “¡Por Alah! ¡En mi vida he tenido un día tan bendito como el de hoy!”.



Entonces esta joven tan admirable dijo a su hermana la proveedora y al mandadero: “¡Entrad, y que la acogida aquí sea para vosotros tan amplia como agradable!”

Y entraron, y acabaron por llegar a una sala espaciosa que daba al patio, adornada con brocados de seda y oro, llena de lujosos muebles con incrustaciones de oro, jarrones, asientos esculpidos, cortinas y unos roperos cuidadosamente cerrados.

En medio de la sala había un lecho de mármol incrustado con perlas y esplendorosa pedrería, cubierto con un dosel de raso rojo. Sobre él estaba extendido un mosquitero de fina gasa, también rojo, y en el lecho había una joven de maravillosa hermosura, con ojos babilónicos, un talle esbelto como la letra aleph, y un rostro tan bello, que podía envidiarlo el sol luminoso. Era una estrella brillante, una noble hermosura de Arabia, como dijo el poeta:

¡El que mida tu talle, ¡oh joven! y lo compare por su esbeltez con la delicadeza de una rama flexible, juzga con error a pesar de su talento!

¡Porque tu talle no tiene igual, ni tu cuerpo un hermano!

¡Porque la rama sólo es linda en el árbol y estando desnuda!

¡Mientras que tú eres hermosa de todos modos, y las ropas que te cubren son únicamente una delicia más!

Entonces la joven se levantó, y llegando junto a sus hermanas, les dijo: “¿Por qué permanecéis quietas? Quitad la carga de la cabeza de ese hombre”. Entonces entre las

tres le aliviaron del peso. Vacieron la espuerta, pusieron cada cosa en su sitio, y entregando dos dinares al mandadero, le dijeron: “¡Oh mandadero! Vuelve la cara y vete inmediatamente”. Pero el mozo miraba a las jóvenes, encantado de tanta belleza y tanta perfección, y pensaba que en su vida había visto nada semejante. Sin embargo, chocábale que no hubiese ningún hombre en la casa. En seguida se fijó en lo que allí había de bebidas, frutas, flores olorosas y otras cosas buenas, y admirado hasta el límite de la admiración, no tenía maldita la gana de marcharse.

Entonces la mayor de las doncellas le dijo: “¿Por qué no te vas? ¿Es que te parece poco el salario?” Y se volvió hacia su hermana, la que había hecho las compras, y le dijo: “Dale otro dinar”. Pero el mandadero replicó: “¡Por Alah, señoras mías! Mi salario suele ser la centésima parte de un dinar, por lo cual no me ha parecido escasa la paga. Pero mi corazón está pendiente de vosotras. Y me pregunto cuál puede ser vuestra vida, ya que vivís en esta soledad, y no hay hombre que os haga compañía.

¿No sabéis que un minarete sólo vale algo con la condición de ser uno de los cuatro de la mezquita? Pero ¡oh señoras mías!, no sois más que tres, y os falta el cuarto. Ya sabéis que la dicha de las mujeres nunca es perfecta si no se unen con los hombres. Y, como dice el poeta, un acorde no será jamás armonioso como no reúnan cuatro instrumentos: el arpa, el laúd, la cítara y la flauta. Vosotras, ¡oh señoras mías! sólo sois tres, y os falta el cuarto instrumento: la flauta. ¡Yo seré la flauta y me conduciré



como hombre prudente, lleno de sagacidad e inteligencia, artista hábil que sabe guardar un secreto!”

Y las jóvenes le dijeron: “¡Oh mandadero! ¿no sabes tú que somos vírgenes? Por eso tenemos miedo de fiarnos de algo. Porque hemos leído lo que dicen los poetas:

“Desconfía de toda confianza, pues un secreto revelado es secreto perdido”.

Pero el mandadero exclamó: “¡Juro por vuestra vida, ¡oh señoras mías! que yo soy un hombre prudente, seguro y leal! He leído libros y he estudiado crónicas. Sólo cuento cosas agradables, callándome cuidadosamente las cosas tristes. Obro en toda ocasión según dice el poeta:

¡Sólo el hombre bien dotado sabe callar el secreto!  
¡Sólo los mejores entre los hombres saben cumplir sus promesas!  
¡Yo encierro los secretos en una casa de sólidos candados,  
donde la llave se ha perdido y la puerta está sellada!

Y escuchando los versos del mandadero, muchas otras estrofas que recitó y sus improvisaciones rimadas, las tres jóvenes se tranquilizaron; pero para no ceder en seguida, le dijeron: “Sabe, ¡oh mandadero!, que en este palacio hemos gastado el dinero en enormes cantidades. ¿Llevas tú encima con qué indemnizarnos? Sólo te podremos invitar con la condición de que gastes mucho oro. ¿Acaso no es tu deseo permanecer con nosotras, acompañarnos a beber,

y singularmente hacernos velar toda la noche, hasta que la aurora bañe nuestros rostros?” Y la mayor de las doncellas añadió: “Amor sin dinero no puede servir de buen contrapeso en el platillo de la balanza”. Y la que había abierto la puerta dijo: “Si no tienes nada, vete sin nada”. Pero en aquel momento intervino la proveedora, y dijo: “¡Oh hermanas mías! Dejemos eso, ¡por Alah!, pues este muchacho en nada ha de amenguarnos el día. Además, cualquier otro hombre no habría tenido con nosotras tanto comedimiento. Y cuanto le toque pagar a él, yo lo abonaré en su lugar”.

Entonces el mandadero se regocijó en extremo, y dijo a la que le había defendido: “¡Por Alah! A ti te debo la primera ganancia del día”. Y dijeron las tres: “Quédate, ¡oh buen mandadero! y te tendremos sobre nuestras cabezas y nuestros ojos”. Y en seguida la proveedora se levantó y se ajustó el cinturón. Luego dispuso los frascos, clasificó el vino por decantación, preparó el lugar en que habían de reunirse cerca del estanque, y llevó allí cuanto podían necesitar. Después ofreció el vino y todo el mundo se sentó, y el mandadero en medio de ellas, en el vértigo, pues se figuraba estar soñando.

Y he aquí que la proveedora ofreció la vasija del vino y llenaron la copa y la bebieron, y así por segunda y por tercera vez. Después la proveedora la llenó de nuevo y la presentó a sus hermanas, y luego al mandadero. Y el mandadero, extasiado, improvisó esta composición rimada:



¡Bebe este vino! ¡Él es la causa de toda nuestra alegría!  
¡Él da al que lo bebe fuerzas y salud!  
¡Él es el único remedio que cura todos los males!  
¡Nadie bebe el vino, origen de toda alegría,  
sin sentir las emociones más gratas!  
¡La embriaguez es lo único que puede saturarnos de voluptuosidad!

Después besó las manos de las tres doncellas, y vació la copa. En seguida, aproximándose a la mayor, dijo: “¡Oh señora mía! Soy tu esclavo, tu cosa y tu propiedad!” Y recitó estas estrofas. en honor suyo:



78

¡A tu puerta espera de pie un esclavo de tus ojos,  
acaso el más humilde de tus esclavos!  
¡Pero conoce a su dueña!  
¡Él sabe cuánta es su generosidad y sus beneficios!  
¡Y sobre todo, sabe cómo se lo ha de agradecer!

Entonces ella le dijo, ofreciéndole la copa: “Bebe, ¡oh amigo mío! y que la bebida te aproveche y la digieras bien. Que ella te dé fuerzas para el camino de la verdadera salud”. Y el mandadero cogió la copa, besó la mano a la joven, y con una voz dulce y modulada cantó quedamente estos versos:

¡Yo ofrezco a mi amiga un vino resplandeciente como sus mejillas,  
mejillas tan luminosas, que sólo la caridad de una llama podría  
compararse con su espléndida vida!

Ella se digna aceptarlo, pero me dice muy risueña:

“¿Cómo quieres que beba mis propias mejillas?”

Y yo le digo:

“Bebe, oh llama de mi corazón!

¡Este licor son mis lágrimas, su color rojo, mi sangre, y su mezcla en la copa, es toda mi alma!”

Entonces la joven cogió la copa de manos del mandadero, se la llevó a los labios y después fue a sentarse junto a sus hermanas. Y todos empezaron a cantar, a danzar y a jugar con las flores exquisitas. Y mientras tanto, el mozo las abrazaba y las besaba. Y una le dirigía chanzas, otra lo atraía hacia ella, y la otra le golpeaba con las flores. Y siguieron bebiendo, hasta que el vino se les subió a la cabeza. Cuando el vino reinó por completo, la joven que había abierto la puerta se levantó, se quitó toda la ropa y se quedó desnuda. Y de un salto echó su alma en el estanque y se puso a jugar con el agua, se llenó de ella la boca y roció ruidosamente al mandadero. Esto no le estorbaba para que el agua corriese por todos sus miembros y por entre sus muslos juveniles. Después salió del estanque, se echó sobre el pecho del mandadero, y extendiéndose luego boca arriba, dijo señalando a la cosa situada entre sus muslos: “¡Oh mi querido! ¿Sabes cómo se llama esto?”

Y contestó el mozo: “¡Ah...! ¡Ah...! ordinariamente suele llamarse la casa de la misericordia”.

Pero ella exclamó: “¡Yu! ¡Yu! ¿No te da vergüenza tu





ignorancia?” Y le cogió del pescuezo y empezó a darle golpes.

Entonces dijo él: “¡Basta! ¡basta! Se llama la vulva”. Y repitió ella: “Tampoco es así”. Y el mandadero dijo: “Pues tu pedazo de atrás”. Y ella repitió: “Otra cosa”. Y dijo él: “Es tu zángano”. Pero ella, al oírlo, golpeó al joven con tal fuerza, que le arañó la piel. Y entonces él dijo: “Pues dime cómo se llama”. Y ella contestó: “La albahaca de los puentes”. Y exclamó el mozo: “¡Ya era hora! ¡Alabado sea Alah! y él te guarde, ¡oh mi albahaca de los puentes!”

80

Después volvió a circular la copa y la subcopa. En seguida la segunda joven se desnudó y se metió en el estanque, e hizo lo mismo que su hermana. Salió después, se echó en el regazo del mozo, y señalando con el dedo hacia sus muslos y a la cosa situada entre los muslos, preguntó: “¿Cuál es el nombre de esto, luz de mis ojos?” Y él dijo: “Tu grieta”. Pero ella exclamó: “¡Qué palabras tan abominables dice este hombre!” Y le abofeteó con tal furia, que retembló toda la sala. Y después dijo él: “Entonces será la albahaca de los puentes”. Pero ella replicó: “No es eso, no es eso”. Y volvió a darle golpes. Entonces preguntó el mozo: “¿Pues cuál es su nombre?” Y contestó ella: “El sésamo descortezado”. Y él exclamó: “¡Para ti sean, ¡oh el más descortezado entre los sésamos!, las mejores bendiciones!”

Después se levantó la tercera joven, se desnudó y se metió en el estanque, donde hizo como sus hermanas, y luego se vistió, y fue a tenderse entre las piernas del man-

dadero, y le dijo, señalando hacia sus partes delicadas: “Adivina su nombre”. Entonces él le dijo: “Se llama, esto, se llama lo otro”.

Y numerando con los dedos, decía: “El estornino mudo, el conejo sin orejas, el polluelo sin voz, el padre de la blancura, la fuente de las gracias”. Y por fin, en vista de sus protestas, acabó preguntando, para que no le pegara más: “¿Pues cuál es su nombre?”

Y ella contestó: “El khan (la posada) de Aby-Mansur”.

Entonces el mandadero se levantó, se despojó de sus vestiduras y se metió en el agua. ¡Y su espalda sobrenadaba majestuosa en la superficie! Se lavó todo el cuerpo como se habían lavado las doncellas, y después salió del baño y fue a echarse en el regazo de la más joven, apoyó los pies en el regazo de la otra hermana, y señalando a su virilidad, preguntó a la mayor de todas: “¿Sabes, ¡oh soberana mía! cuál es su nombre?”

Al oír estas palabras, las tres se echaron a reír tan a gusto, que cayeron sobre sus posaderas, y exclamaron: “¡Tu zib!” Y él dijo: “No es eso, no es eso”. Y les dio a cada una un mordisco. Entonces dijeron: “¡Tu herramienta!” Y él contestó: “Tampoco es eso”. Y a cada una les dio un pellizco en un seno. Y ellas, asombradas, replicaron: “Sí que es tu herramienta, porque está ardiente; sí que es tu zib, porque se mueve”. Y el mozo seguía negando, con un movimiento de cabeza, y luego las besaba, las mordía, las pellizcaba y las abrazaba, y ellas reían a más no poder, hasta que acabaron por decirle: “¿Cómo se llama, pues?”



Entonces él meditó un momento, se miró entre los muslos, guiñó los ojos, y señalando a su zib, dijo: “¡Oh señoras mías! vais a oír lo que acaba de decirme este niño: “Me llaman el macho poderoso y sin castrar, que paca la albahaca de los puentes, se deleita con raciones de sésamo descortezado y se alberga en la posada de Aby-Mansur”.

Y se rieron las tres tan descompasadamente al oírle, que de nuevo doblaron sobre sus partes traseras. Después siguieron bebiendo en la misma copa hasta que comenzó a anochecer.

Las jóvenes dijeron al mandadero: “Ahora vuelve la cara y vete, y así veremos la anchura de tus hombros”. Pero el mozo exclamó: “¡Por Alah, señoras mías! ¡Más fácil sería a mi alma salir del cuerpo, que a mí dejar esta casa! ¡Juntemos esta noche con el día, y mañana podrá cada uno ir en busca de su destino por el camino de Alah!”

Entonces intervino nuevamente la joven proveedora: “Hermanas, por vuestra vida, invitémosle a pasar la noche con nosotras y nos reiremos mucho con él, porque es una mala persona sin pudor, y además muy gracioso”. Y dijeron entonces al mandadero: “Puedes pasar aquí la noche con la condición de estar bajo nuestro dominio y no pedir ninguna explicación sobre lo que veas ni sobre cuanto ocurra”. Y él respondió: “Así sea, ¡oh señoras mías!” Y ellas añadieron: “Levántate y lee lo que está escrito encima de las puertas”. Y él se levantó, y encima de la puerta vió las siguientes palabras, escritas con letras de oro:

No hables nunca de lo que no te importe  
sino oirás cosas que no te gusten.

Y el mandadero dijo: “¡Oh señoras mías! os pongo por testigo de que no he de hablar de lo que no me importe”.

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.



Pero cuando llegó la décima noche:

Doniazada dijo: “¡Oh hermana mía! acaba la relación”.

Y Schehrazada contestó: “Con mucho agrado, y como un deber de generosidad”. Y prosiguió: He llegado a saber, ¡oh rey poderoso!, que cuando el mandadero hizo su promesa a las jóvenes, se levantó la proveedora, colocó los manjares delante de los comensales, y todos comieron muy regaladamente. Después de esto encendieron las velas, quemaron maderas olorosas e incienso, y volvieron a beber y comer todas las golosinas compradas en el zoco, sobre todo el mandadero, que al mismo tiempo decía versos, cerrando los ojos mientras recitaba y moviendo la cabeza. Y de pronto se oyeron fuertes golpes en la puerta, lo que no les perturbó en sus placeres, pero al fin la menor de las jóvenes se levantó, fue a la puerta, y luego volvió y dijo: “Bien llena va a estar nuestra mesa esta noche, pues



acabo de encontrar junto a la puerta a tres ahjam con las barbas afeitadas y tuertos del ojo izquierdo. Es una coincidencia asombrosa. He visto inmediatamente que eran extranjeros, y deben venir del país de los Rum. Cada uno es diferente, pero los tres son tan ridículos de fisonomía, que hacen reír. Si los hiciésemos entrar nos divertiríamos con ellos”. Y sus hermanas aceptaron. “Diles que pueden entrar, pero entérales de que no deben hablar de lo que no les importe, si no quieren oír cosas desagradables”. Y la joven corrió a la puerta, muy alegre, y volvió trayendo a los tres tuertos. Llevaban las mejillas afeitadas, con unos bigotes retorcidos y tiesos, y todo indicaba que pertenecían a la cofradía de mendicantes llamados saalik.

Apenas entraron, desearon la paz a la concurrencia, y las jóvenes se quedaron de pie y los invitaron a sentarse. Una vez sentados, los saalik miraron al mandadero, y suponiendo que pertenecía a su cofradía, dijeron: “Es un saaluk como nosotros, y podrá hacernos amistosa compañía”. Pero el mozo, que los había oído, se levantó de súbito, los miró airadamente, y exclamó: “Dejadme en paz, que para nada necesito vuestro afecto. Y empezad por cumplir lo que veréis encima de esa puerta”. Las doncellas estallaron de risa al oír estas palabras, y se decían: “Vamos a divertirnos con este mozo y los saalik”.

Después ofrecieron manjares a los saalik, que los comieron muy gustosamente. Y la más joven les ofreció de beber, y los saalik bebieron uno tras otro. Y cuando la copa estuvo en circulación, dijo el mandadero: “Hermanos

nuestros, ¿lleváis en el saco alguna historia o alguna maravillosa aventura con qué divertirnos?”

Estas palabras los estimularon, y pidieron que les trajesen instrumentos. Y entonces la más joven les trajo inmediatamente un pandero de Mussul adornado con cascabeles, un laúd de Irak y una flauta de Persia. Y los tres saalik se pusieron de pie, y uno cogió el pandero, otro el laúd y el tercero la flauta. Y los tres empezaron a tocar, y las doncellas los acompañaban con sus cantos. Y el mandadero se moría de gusto, admirando la hermosa voz de aquellas mujeres.

En este momento, volvieron a llamar a la puerta. Y como de costumbre, acudió a abrir la más joven de las tres doncellas.

Y he aquí el motivo de que hubiesen llamado:

Aquella noche, el califa Harún-Al-Raschid había salido a recorrer la ciudad, para ver y escuchar por sí mismo cuanto ocurriese. Le acompañaba su visir Giafar-Al-Barmaki y el porta alfanje Masurur, ejecutor de sus justicias. El califa en estos casos acostumbraba disfrazarse de mercader.

Y paseando por las calles había llegado frente a aquella casa y había oído los instrumentos y los ecos de la fiesta. Y el califa dijo al visir Giafar: “Quiero que entremos en esta casa para saber qué son esas voces”.

Y el visir Giafar replicó: “Acaso sea un hatajo de borrachos, y convendría precavernos por si nos hiciesen alguna mala partida”. Pero el califa dijo: “Es mi voluntad entrar



ahí. Quiero que busques la forma de entrar y sorprenderlos”. Al oír esta orden, el visir contestó: “Escucho y obedezco”. Y Giafar avanzó y llamó a la puerta. Y al momento fué a abrir la más joven de las tres hermanas.

Cuando la joven hubo abierto la puerta, el visir le dijo: “¡Oh señora mía! somos mercaderes de Tabaria (Tiberiades) Hace diez días llegamos a Bagdad con nuestros géneros, y habitamos en el khan de los mercaderes. Uno de los comerciantes del khan nos ha convidado a su casa y nos ha dado de comer. Después de la comida, que ha durado una hora, nos ha dejado en libertad de marcharnos.

Hemos salido, pero ya era de noche, y como somos extranjeros, hemos perdido el camino del khan y ahora nos dirigimos fervorosamente a vuestra generosidad para que nos permitáis entrar y pasar la noche aquí. Y ¡Alah os tendrá en cuenta esta buena obra!”

Entonces la joven los miró, le pareció que en efecto tenían maneras de mercaderes y un aspecto muy respetable, por lo cual fue a buscar a sus dos hermanas para pedirles parecer. Y ellas le dijeron: “Déjales entrar”. Entonces fue a abrirles la puerta, y le preguntaron: “¿Podemos entrar, con vuestro permiso?” Y ella contestó: “Entrad”. Y entraron el califa, el visir y el porta alfanje, y al verlos las jóvenes se pusieron de pie y les dijeron: “¡Sed bien venidos, y que la acogida en esta casa os sea tan amplia como amistosa! Sentaos, ¡oh huéspedes nuestros! Sólo tenemos que imponeros una condición: “No habléis de lo que no os importa, si no queréis oír cosas que no os gusten”.

Y ellos respondieron: “Ciertamente que sí”. Y se sentaron, y fueron invitados a beber y a que circulase entre ellos la copa. Después el califa miró a los tres saalik, y se asombró mucho al ver que los tres estaban tuertos del ojo izquierdo. Y miró en seguida a las jóvenes, y al advertir su hermosura y su gracia, quedó aún más perplejo. Las doncellas siguieron conversando con los convidados, invitándoles a beber con ellas, y luego presentaron un vino exquisito al califa, pero éste lo rechazó, diciendo: “Soy un buen hadj”.

Entonces la más joven se levantó y colocó delante de él una mesita con incrustaciones finas, encima de la cual puso una taza de porcelana de China, y echó en ella agua de la fuente, que enfrió con un pedazo de hielo, y lo mezcló todo con azúcar y agua de rosas, y después se lo presentó al califa. Y él aceptó, y le dió las gracias, diciendo para sí: “Mañana tengo que recompensarla por su acción y por todo el bien que hace”.

Las doncellas siguieron cumpliendo sus deberes de hospitalidad y sirviendo de beber. Pero cuando el vino produjo sus efectos, la mayor de las tres hermanas se levantó, cogió de la mano a la proveedora, y le dijo: “¡Oh hermana mía! Levántate y cumplamos nuestro deber”. Y su hermana le contestó: “Me tienes a tus órdenes”.

Entonces la más pequeña se levantó también, y dijo a los saalik que se apartaran del centro de la sala y que fuesen a colocarse junto a las puertas. Quitó cuanto había en medio del salón y lo limpió.





Las otras dos hermanas llamaron al mandadero, y le dijeron: “¡Por Alah! ¡Cuán poco nos ayudas! Cuenta que no eres un extraño, sino de la casa”. Y entonces el mozo se levantó, se remangó la túnica, y apretándose el cinturón, dijo: “Mandad y obedeceré”. Y ellas contestaron: “Aguarda en tu sitio”. Y a los pocos momentos le dijo la proveedora: “Sígueme, que podrás ayudarme”.

Y la siguió fuera de la sala, y vio dos perras de la especie de las perras negras, que llevaban cadenas al cuello. El mandadero las cogió y las llevó al centro de la sala. Entonces la mayor de las hermanas se remangó el brazo, cogió un látigo, y dijo al mozo: “Trae aquí una de esas perras”.

Y el mandadero, tirando de la cadena del animal, le obligó a acercarse, y la perra se echó a llorar y levantó la cabeza hacia la joven. Pero ésta, sin cuidarse de ello, la tumbó a sus pies, y empezó a darle latigazos en la cabeza, y la perra chillaba y lloraba, y la joven no la dejó de azotar hasta que se le cansó el brazo. Entonces tiró el látigo, cogió a la perra en brazos, la estrechó contra su pecho, le secó las lágrimas y la besó en la cabeza, que la tenía cogida entre sus manos. Después dijo al mandadero: “Llévatela, y tráeme la otra”. Y el mandadero trajo la otra, y la joven la trató lo mismo que a la primera.

Entonces el califa sintió que sus ojos se llenaban de lástima y que el pecho se le oprimía de tristeza, y guiñó el ojo al visir Giafar para que interrogase sobre aquello a la joven, pero el visir le respondió por señas que lo mejor era callarse.

En seguida la mayor de las doncellas se dirigió a sus hermanas, y les dijo: “Hagamos lo que es nuestra costumbre”. Y las otras contestaron: “Obedecemos”. Y entonces se subió al lecho, chapeado de plata y de oro, y dijo a las otras dos: “Veamos ahora lo que sabéis”.

Y la más pequeña se subió al lecho, mientras que la otra se marchó a sus habitaciones y volvió trayendo una bolsa de raso con flecos de seda verde; se detuvo delante de las jóvenes, abrió la bolsa y extrajo de ella un laúd. Después se lo entregó a su hermana pequeña, que lo templó, y se puso a tañerlo, cantando estas estrofas con una voz sollozante y conmovida:

¡Por piedad ¡Devolved a mis párpados el sueño que de ellos  
ha huido! ¡Decidme donde ha ido a parar mi razón!  
¡Cuando permití que el amor penetrase en mi morada  
se enojó conmigo el sueño y me abandonó!  
Y me preguntaban: “¿Qué has hecho para verte así, tú que eres  
de los que recorren el camino recto y seguro?  
¡Dinos quién te ha extraviado de ese modo!”  
Y les dije: “¡No seré yo, sino ella quien os responda!  
¡Yo sólo puedo deciros que mi sangre, toda mi sangre, le pertenece!  
¡Y siempre he de preferir verterla por ella a conservarla  
torpemente en mí!  
“¡He elegido una mujer para poner en ella mis pensamientos,  
mis pensamientos que reflejan su imagen!  
¡Si expulsara esa imagen, se consumirían mis entrañas



con un fuego devorador!

“¡Si la vierais, me disculparíais! ¡Porque el mismo Alah cinceló esa joya con el licor de la vida; y con lo que quedó de ese licor fabricó la granada y las perlas!”

Y me dicen: “¿Pero encuentras en el objeto amado otra cosa que lágrimas, penas y escasos placeres?”

“¿No sabes que al mirarte en el agua límpida sólo verás tu sombra? ¡Bebes de un manantial cuya agua sacia antes de ser saboreada!”

Y yo contesto: “¡No creáis que bebiendo se ha apoderado de mí la embriaguez, sino sólo mirando!”

¡No fue preciso más; esto bastó para que el sueño huyera por siempre de mis ojos!

“¡Y no son las cosas pasadas las que me consumen, sino solamente el pasado de ella!”

¡No son las cosas amadas de que me separé las que me han puesto en este estado, sino solamente la separación de ella!

“¿Podría volver mis miradas hacia otra, cuando toda mi alma está unida a su cuerpo perfumado, a sus aromas de ámbar y almizcle?”

Cuando acabó de cantar, su hermana le dijo: “¡Ojalá te consuele Alah, hermana mía!” Pero tal aflicción se apoderó de la joven portera, que se desgarró las vestiduras, y cayó desmayada en el suelo.

Pero al caer, como una parte de su cuerpo quedó descubierta, el califa vió en él huellas de latigazos y varazos, y se asombró hasta el límite del asombro. La proveedora roció la cara de su hermana, y luego que recobró el sentido, le trajo un vestido nuevo y se lo puso.



Entonces el califa dijo a Giafar: “¿No te conmueven estas cosas? ¡No has visto señales de golpes en el cuerpo de esa mujer? Yo no puedo callarme, y no descansaré hasta descubrir la verdad de todo esto, y sobre todo, esa aventura de las dos perras”. Y el visir contestó: “¡Oh mi señor, corona de mi cabeza!, recuerda la condición que nos impusieron: No hables de lo que no te importe, si no quieres oír cosas que no te gusten”.

Y mientras tanto, la proveedora se levantó, cogió el laúd, lo apoyó en su redondo seno, y se puso a cantar:

¿Qué responderíamos si vinieran a darnos quejas de amor?  
¿Qué haríamos si el amor nos dañara?  
¡Si confiáramos a un intérprete que respondiese  
en nuestro nombre, este intérprete no sabría traducir todas  
las quejas de un corazón enamorado!  
¡Y si sufrimos con paciencia y en silencio la ausencia del amado,  
pronto nos pondrá el dolor a las puertas de la muerte!  
¡Oh dolor! ¡Para nosotros sólo hay penas y duelo:  
las lágrimas resbalan por las mejillas!  
Y tú, querido ausente, que has huido de las miradas  
de mis ojos cortando los lazos que te unían a mis entrañas.  
Di, ¿conservas algún recuerdo de nuestro amor pasado,  
una huella pequeña que dure a pesar del tiempo?  
¿O has olvidado, con la ausencia, el amor que agotó mi espíritu  
y me puso en tal estado de aniquilamiento y postración?  
¡Si mi sino es vivir desterrada, algún día pediré cuentas de estos  
sufrimientos a Alah, nuestro Señor!



Al oír este canto tan triste, la mayor de las doncellas se desgarró las vestiduras, y cayó desmayada. Y la proveedora se levantó y le puso un vestido nuevo, después de haber cuidado de rociarle la cara con agua para que volviese de su desmayo. Entonces, algo repuesta, se sentó la joven en el lecho, y dijo a su hermana: “Te ruego que cantes más para que podamos pagar nuestras deudas. ¡Aunque sólo sea una vez!” Y la proveedora templó de nuevo el laúd y cantó las siguientes estrofas:

¿Hasta cuando durarán esta separación y este abandono tan cruel?

¿No sabes que a mis ojos ya no les quedan lágrimas?

¡Me abandonas! ¿Pero no crees que rompes así la antigua amistad?

¡Oh! ¡si tu objeto era despertar mis celos, lo has logrado!

¡Si el maldito Destino siempre ayudase a los hombres amorosos, las pobres mujeres no tendrían tiempo para dirigir reconvenciones a los amantes infieles!

¿A quién me quejaré para desahogar un poco mis desdichas, las desdichas causadas por tu mano, asesino de mi corazón...?

¡Ay de mí! ¿Qué recurso le queda al que perdió la garantía de su crédito? ¿Cómo cobrar la deuda?

¡Y la tristeza de mi corazón dolorido crece con la locura de mi deseo hacia ti! ¡Te busco! ¡Tengo tus promesas!

Pero tú, ¿dónde estás?

¡Oh hermanos! ¡Os lego la obligación de vengarme del infiel!

¡Que sufra padecimientos como los míos!

¡Que apenas vaya a cerrar los ojos para el sueño, se los abra en seguida el insomnio largamente!

¡Por tu amor he sufrido las peores humillaciones!  
¡Deseo, pues, que otro en mi lugar goce las mayores  
satisfacciones a costa tuya!  
¡Hasta hoy me ha tocado padecer por su amor!  
¡Pero a él, que de mí se burla, le tocará sufrir mañana!

Al oír esto cayó desmayada otra vez la más joven de las hermanas, y su cuerpo apareció señalado por el látigo.

Entonces dijeron los tres saalik: “Más nos habría valido no entrar en esta casa, aunque hubiéramos pasado la noche sobre un montón de escombros, porque este espectáculo nos apena de tal modo, que acabará por destruirnos la espina dorsal”. Entonces el califa, volviéndose hacia ellos, les dijo: “¿Y por qué es eso?” Y contestaron: “Porque nos ha emocionado mucho lo que acaba de ocurrir”. Y el califa les preguntó: “¿De modo, que no sois de casa?” Y contestaron: “Nada de eso. El que parece serlo es ese que está a tu lado”. Entonces exclamó el mandadero: “¡Por Alah! Esta noche he entrado en esta casa por primera vez, y mejor habría sido dormir sobre un montón de piedras”.

Entonces dijeron: “Somos siete hombres, y ellas sólo son tres mujeres. Preguntemos la explicación de lo ocurrido, y si no quieren contestarnos de grado, que lo hagan a la fuerza”. Y todos se concertaron para obrar de ese modo, menos el visir, que les dijo: “¿Creéis que vuestro propósito es justo y honrado? Pensad que somos sus huéspedes, nos han impuesto condiciones y debemos cumplirlas. Además, he aquí que se acaba la noche, y pronto irá cada uno a



buscar su suerte por el camino de Alah”. Después guiñó el ojo al califa, y llevándole aparte, le dijo: “Sólo nos queda que permanecer aquí una hora. Te prometo que mañana pondré entre tus manos a estas jóvenes, y entonces les podrás preguntar su historia”.

Pero el califa rehusó y dijo: “No tengo paciencia para aguardar a mañana”. Y siguieron hablando todos, hasta que acabaron por preguntarse: “¿Cuál de nosotros les dirigirá la pregunta?” Y algunos opinaron que eso le correspondía al mandadero.

A todo esto, las jóvenes les preguntaron: “¿De qué habláis, buena gente?” Entonces el mandadero se levantó, se puso delante de la mayor de las tres hermanas, y le dijo: “¡Oh soberana mía! En nombre de Alah te pido y te conjuro, de parte de todos los convidados, que nos cuentes la historia de esas dos perras negras, y por qué las has castigado tanto, para llorar después y besarlas. Y dinos también, para que nos enteremos, la causa de esas huellas de latigazos que se ven en el cuerpo de tu hermana. Tal es nuestra petición. Y ahora, ¡que la paz sea contigo!”

Entonces la joven les preguntó a todos: “¿Es cierto lo que dice este mandadero en vuestro nombre?” Y todos, excepto el visir, contestaron: “Cierto es”. Y el visir no dijo ni una palabra.

Entonces la joven, al oír su respuesta, les dijo: “¡Por Alah, huéspedes míos! Acabáis de ofendernos de la peor manera. Ya se os advirtió oportunamente que si alguien hablaba de lo que no le importase, oiría lo que no le había

de gustar. ¿No os ha bastado entrar en esta casa y comeros nuestras provisiones? Pero no tenéis vosotros la culpa, sino nuestra hermana, por haberos traído”.

Y dicho esto, se remangó el brazo, dió tres veces con el pie en el suelo, y gritó: “¡Hola! ¡Venid en seguida!” E inmediatamente se abrió uno de los roperos cubiertos por cortinajes, y aparecieron siete negros, altos y robustos, que blandían agudos alfanjes. Y la dueña les dijo: “Atad los brazos a esa gente de lengua larga, y amarradlos unos a otros”. Y ejecutada la orden, dijeron los negros: “¡Oh señora nuestra! ¡Oh flor oculta a las miradas de los hombres! ¿nos permites que les cortemos la cabeza?” Y ella contestó: “Aguardad una hora, que antes de degollarlos los he de interrogar para saber quiénes son”.

Entonces exclamó el mandadero: “¡Por Alah, oh señora mía!, no me mates por el crimen de estos hombres. Todos han faltado y todos han cometido un acto criminal, pero yo no. ¡Por Alah! ¡Qué noche tan dichosa y tan agradable habríamos pasado, si no hubiésemos visto a estos malditos saalik! Porque estos saalik de mal agüero son capaces de destruir la más floreciente de las ciudades sólo con entrar en ella”.

¡Qué hermoso es el perdón del fuerte! ¡Y sobre todo, qué hermoso cuando se otorga al indefenso!

¡Yo te conjuro por la inviolable amistad que existe entre los dos; no mates al inocente por causa del culpable!

Cuando el mandadero acabó de recitar, la joven se echó a reír. En este momento de su narración, Schehrazada vio





aproximarse la mañana y se calló discretamente.

Pero cuando llegó la decimoprimer noche,  
ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado!, que cuando la joven se echó a reír, después de haberse indignado, se acercó a los concurrentes, y dijo: “Contadme cuanto ten-gáis que contar, pues sólo os queda una hora de vida. Y si tengo tanta paciencia, es porque sois gente humilde, que si fueseis de los notables, o de los grandes de vuestra tribu, o si fueseis de los que gobiernan, ya os habría castigado”.

Entonces el califa dijo al visir: “¡Desdichados de noso-tros, oh Giafar! Revélale quiénes somos, sino, va a matar-nos”. Y el visir contestó: “Bien merecido nos está”. Pero el califa dijo: “No es ocasión oportuna para bromas; el caso es muy serio, y cada cosa en su tiempo”.

Entonces la joven se acercó a los saalik, y les dijo: “¿Sois hermanos?” Y contestaron ellos: “¡No, por Alah! Somos los más pobres de los pobres, y vivimos de nuestro oficio, haciendo escarificaciones y poniendo ventosas”. Entonces fue preguntando a cada uno: “¿Naciste tuerto, tal como ahora estás?” Y el primero de ellos contestó: “¡No, por Alah! Pero la historia de mi desgracia es tan asombrosa, que si escribiera con una aguja en el ángulo interior de un ojo, sería una lección para quien la leyera con respe-

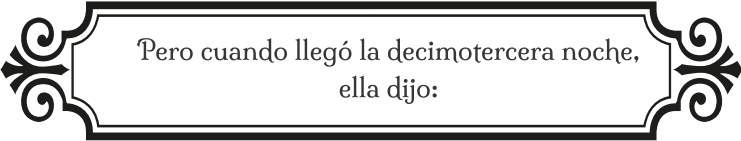
to". Y los otros dos contestaron lo mismo, y luego dijeron los tres: "Cada uno de nosotros es de un país distinto, pero nuestras historias no pueden ser más maravillosas, ni nuestras aventuras más prodigiosamente extrañas".

Entonces dijo la joven: "Que cada cual cuente su historia, y después se lleve la mano a la frente para darnos las gracias, y se vaya en busca de su destino". El mandadero fue el primero que se adelantó, y dijo: "¡Oh señora mía! Yo soy sencillamente un mandadero, y nada más. Vuestra hermana me hizo cargar con muchas cosas y venir aquí. Me ha ocurrido con vosotras lo que sabéis muy bien, y no he de repetirlo ahora, por razones que se os alcanzan. Y tal es toda mi historia. Y nada podré añadir a ella, sino que os deseo la paz".

Entonces la joven le dijo: "¡Vaya! llévate la mano a la cabeza, para ver si está todavía en su sitio, arréglate el pelo, y márchate". Pero replicó el mozo: "¡Oh! No; ¡por Alah! No me he de ir hasta que oiga el relato de mis compañeros".

Entonces el primer saaluk entre los saalik, avanzó para contar su historia. Luego lo siguieron el segundo (se intercala el cuento del envidioso y el envidiado) y el tercero. Al fin de su relato, cada uno de ellos narra su encuentro con los otros dos, y luego es perdonado por Harún ar-Rashid, pero pide quedarse para oír el resto de las historias derviche

Sherezade vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.



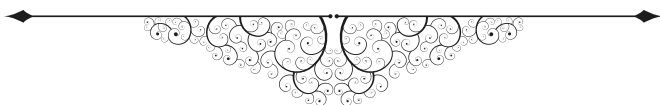
Pero cuando llegó la decimotercera noche,  
ella dijo:



Entonces le miré atentamente, y vi que era tan hermoso  
como la luna llena.



## Historia de Zobeida la mayor de las jóvenes



¡Oh Príncipe de los Creyentes! Sabe que me llamo Zobeida; mi hermana, la que abrió la puerta, se llama Amina, y la más joven de todas, Fahima. Las tres somos hijas del mismo padre, pero no de la misma madre. Estas dos perras son otras dos hermanas mías, de padre y madre.

Al morir nuestro padre nos dejó cinco mil dinares, que se repartieron por igual entre nosotras.

Entonces mis hermanas Amina y Fahima se separaron de mí para irse con su madre, y yo y las otras dos hermanas, estas dos perras que aquí ves, nos quedamos juntas. Soy la más joven de las tres; pero mayor que Amina y Fahima, que están entre tus manos.

Al poco tiempo de morir nuestro padre, mis dos hermanas mayores se casaron y estuvieron algún tiempo conmigo en la misma casa. Pero sus maridos no tardaron en prepararse a un viaje comercial; cogieron los mil dinares de sus mujeres para comprar mercaderías, y se marcharon



todos juntos, dejándome completamente sola. Estuvieron ausentes cuatro años, durante los cuales se arruinaron mis cuñados, y después de perder sus mercancías, desaparecieron, abandonando en país extranjero a sus mujeres.

Y mis hermanas pasaron toda clase de miserias y acabaron por llegar a mi casa como unas mendigas. Al ver aquellas dos mendigas, no pude pensar que fuesen mis hermanas, y me alejé de ellas; pero entonces me hablaron, y reconociéndolas, les dije: “¿Qué os ha ocurrido? ¿Cómo os veo en tal estado?” Y respondieron: “¡Oh hermana! Las palabras ya nada remediarían, pues el cálamo corrió por lo que había mandado Alah”.

  
102

Oyéndolas se conmovió de lástima mi corazón, y las llevé al hammam, poniendo a cada una un traje nuevo, y les dije: “Hermanas mías, sois mayores que yo, y creo justo que ocupéis el lugar de mis padres. Y como la herencia que me tocó, igual que a vosotras, ha sido bendecida por Alah y se ha acrecentado considerablemente, comeréis sus frutos conmigo, nuestra vida será respetable y honrosa, y ya no nos separaremos”. Y las retuve en mi casa y en mi corazón.

Y he aquí que las colmé de beneficios, y estuvieron en mi casa durante un año completo, y mis bienes eran sus bienes. Pero un día me dijeron: “Realmente, preferimos el matrimonio, y no podemos pasarnos sin él, pues se ha agotado nuestra paciencia al vernos tan solas”. Yo les contesté: “¡Oh hermanas! Nada bueno podréis encontrar en el matrimonio, pues escasean los hombres honrados.

¿No probasteis el matrimonio ya? ¿Olvidáis lo que os ha proporcionado?”

Pero no me hicieron caso, y se empeñaron en casarse sin mi consentimiento. Entonces les di el dinero para las bodas y les regalé los equipos necesarios. Después se fueron con sus maridos a probar fortuna.

Pero no haría mucho que se habían ido, cuando sus esposos se burlaron de ellas, quitándoles cuanto yo les di y abandonándolas. De nuevo regresaron ambas desnudas en mi casa, y me pidieron mil perdones, diciéndome: “No nos regañes, hermana. Cierto que eres la de menos edad de las tres, pero nos aventajas a todas en razón. Te prometemos no volver a pronunciar nunca la palabra *casamiento*”. Entonces les dije: “¡Oh hermanas mías! Que la acogida en mi casa os sea hospitalaria. A nadie quiero como a vosotras”. Y les di muchos besos, y las traté con mayor generosidad que la primera vez.

Así transcurrió otro año entero, y al terminar éste, pensé fletar una nave cargada de mercancías y marcharme a comerciar a Bassra (Bassora). Y efectivamente, dispuse un barco y lo cargué de mercancías y géneros y de cuanto pudiera necesitarse durante la travesía, y dije a mis hermanas: “¡Oh hermanas! ¿Preferís quedaros en mi casa mientras dure el viaje hasta mi regreso, o viajar conmigo?” Y me contestaron: “Viajaremos contigo, pues no podríamos soportar tu ausencia”. Entonces las llevé conmigo y partimos todas juntas.

Pero antes de zarpar había cuidado yo de dividir mi





dinero en dos partes; cogí la mitad; y la otra la escondí, diciéndome: “Es posible que nos ocurra alguna desgracia en el barco, y si logramos salvar la vida, al regresar, si es que regresamos, encontraremos aquí algo útil”. Y viajamos día y noche; pero por desgracia, el capitán equivocó la ruta. La corriente nos llevó hasta una mar distinta por completo a la que nos dirigíamos. Y nos impulsó un viento muy fuerte, que duró días. Entonces divisamos una ciudad en lontananza, y le preguntamos al capitán: “¿Cuál es el nombre de esa ciudad adónde vamos?” Y contestó: “¡Por Alah que no lo sé! Nunca la he visto, pues en mi vida había entrado en este mar. Pero, en fin, lo importante es que estamos por fortuna fuera de peligro. Ahora sólo os queda bajar a la ciudad y exponer vuestras mercancías. Y si podéis venderlas, os aconsejo que las vendáis”.

104

Una hora después volvió a acercárenos, y nos dijo: “¡Apresuraos a desembarcar, para ver en esa población las maravillas del Altísimo!”

Entonces desembarcamos, pero apenas hubimos entrado en la ciudad, nos quedamos asombradas.

Todos los habitantes estaban convertidos en estatuas de piedra negra. Y sólo ellos habían sufrido esta petrificación, pues en los zocos y en las tiendas aparecían las mercancías en su estado normal, lo mismo que las cosas de oro y de plata. Al ver aquello llegamos al límite de la admiración, y nos dijimos: “En verdad que la causa de todo esto debe ser rarísima”.

Y nos separamos, para recorrer cada cual a su gusto las

calles de la ciudad, y recoger por su cuenta cuanto oro, plata y telas preciosas pudiese llevar consigo.

Yo subí a la ciudadela, y vi que allí estaba el palacio del rey. Entré en el palacio por una gran puerta de oro macizo, levanté un gran cortinaje de terciopelo, y advertí que todos los muebles y objetos eran de plata y oro. Y en el patio y en los aposentos, los guardias y chambelanes estaban de pie o sentados pero petrificados en vida. Y en la última sala, llena de chambelanes, tenientes y visires, vi al rey sentado en su trono, con un traje tan suntuoso y tan rico, que desconcertaba, y aparecía rodeado de cincuenta mamalik con trajes de seda y en la mano los alfanjes desnudos. El trono estaba incrustado de perlas y pedrería, y cada perla brillaba como una estrella. Os aseguro que me faltó poco para volverme loca.


Seguí andando, no obstante, y llegué a la sala del harén, que hubo de parecerme más maravillosa todavía, pues era toda de oro, hasta las celosías de las ventanas. Las paredes estaban forradas de tapices de seda. En las puertas y en las ventanas pendían cortinajes de raso y terciopelo. Y vi por fin, en medio de las esclavas petrificadas, a la misma reina, con un vestido sembrado de perlas deslumbrantes, enriquecida su corona por toda clase de piedras finas, ostentando collares y redecillas de oro admirablemente cincelados.

Y se hallaba también convertida en una estatua de piedra negra.

Seguí andando, y encontré abierta una puerta, cuyas



hojas eran de plata virgen, y más allá una escalera de pórvido de siete peldaños, y al subir esta escalera y llegar arriba, me hallé en un salón de mármol blanco, cubierto de alfombras tejidas de oro, y en el centro, entre grandes candelabros de oro, una tarima también de oro salpicada de esmeraldas y turquesas, y sobre la tarima un lecho incrustado de perlas y pedrería, cubierto con telas preciosas. Y en el fondo de la sala advertí una gran luz, pero al acercarme me enteré de que era un brillante enorme, como un huevo de avestruz, cuyas facetas despedían tanta claridad, que bastaba su luz para alumbrar todo el aposento.

 106 Los candelabros ardían vergonzosamente ante el esplendor de aquella maravilla, y yo pensé: “Cuando estos candelabros arden, alguien los ha encendido”.

Continué andando, y hube de penetrar asombrada en otros aposentos, sin hallar a ningún ser viviente. Y tanto me absorbía esto, que me olvidé de mi persona, de mi viaje, de mi nave y de mis hermanas. Y todavía seguía maravillada, cuando la noche se echó encima. Entonces quise salir del palacio; pero no di con la salida, y acabé por llegar a la sala donde estaba el magnífico lecho y el brillante y los candelabros encendidos. Me senté en el lecho, cubriéndome con la colcha de raso azul bordada de plata y de perlas, y cogí el Libro Noble, nuestro Corán, que estaba escrito en magníficos caracteres de oro y bermellón, e iluminado con delicadas tintas, y me puse a leer algunos versículos para santificarme, y dar gracias a Alah, y reprenderme; y cuando hube meditado en las palabras

del Profeta (¡Alah le bendiga!) me tendí para conciliar el sueño, pero no pude lograrlo. Y el insomnio me tuvo despierta hasta medianoche.

En aquel momento oí una voz dulce y simpática que recitaba el Corán. Entonces me levanté y me dirigí hacia el sitio de donde provenía aquella voz. Y acabé por llegar a un aposento cuya puerta aparecía abierta. Entré con mucho cuidado, poniendo a la parte de afuera la antorcha que me había alumbrado en el camino, y vi que aquello era un oratorio. Estaba iluminado por lámparas de cristal que colgaban del techo, y en el centro había un tapiz de oraciones extendido hacia Oriente, y allí estaba sentado un hermoso joven que leía el Corán en alta voz, acompasadamente. Me sorprendió mucho, y no acertaba a comprender cómo había podido librarse de la suerte de todos los otros. Entonces avancé un paso y le dirigí mi saludo de paz, y él, volviéndose hacia mí y mirándome fijamente, correspondió a mi saludo. Luego le dije: “¡Por la santa verdad de los versículos del Corán que recitas, te conjuro a que contestes a mi pregunta!”

Entonces, tranquilo y sonriendo con dulzura, me contestó: “Cuando expliques quién eres, responderé a tus preguntas”. Le referí mi historia, que le interesó mucho, y luego le interrogué por las extraordinarias circunstancias que atravesaba la ciudad. Y él me dijo: “Espera un momento”. Y cerró el Libro Noble, lo guardó en una bolsa de seda y me hizo sentar a su lado. Entonces le miré atentamente, y vi que era hermoso como la luna llena; sus mejillas pare-



cían de cristal; su cara tenía el color de los dátiles frescos, y estaba adornado de perfecciones, cual si fuese aquel de quien habla el poeta en sus estrofas:

¡El que lee en los astros contemplaba la noche!  
¡Y de pronto surgió ante su mirada la esbeltez del apuesto mancebo! Y pensó: ¡Es el mismo Zohal (Saturno) que dió a este astro la negra cabelle destrenzada, semejante a un cometa!  
¡En cuanto al carmesí de sus mejillas, Mirrikh (Marte) fue el encargado de extenderlo! ¡Los rayos penetrantes de sus ojos son las flechas mismas del Arquero de las siete estrellas!  
¡Hutared (Mercurio) le otorgó su maravillosa sagacidad y Abylssuha (Venus) su valor de oro!  
¡Y el astrólogo no supo qué pensar al verle, y se quedó perplejo! ¡Entonces, inclinándose hacia él, sonrió el astro!

Al mirarle, experimentaba una profunda turbación de mis sentidos, lamentando no haberle conocido antes, y en mi corazón se encendían como ascuas. Y le dije: “¡Oh dueño y soberano mío!, atiende a mi pregunta”. Y él me contestó: “Escucho y obedezco”. Y me contó lo siguiente:

“Sabe, ¡oh mi honorable señora!, que esta ciudad era de mi padre. Y la habitaban todos sus parientes y súbditos. Mi padre es el rey que habrás visto en su trono, transformado en estatua de piedra. Y la reina, que también habrás visto, es mi madre. Ambos profesaban la religión de los magos adoradores del terrible Nardún. Juraban por

el fuego y la luz, por la sombra y el calor, y por los astros que giran.

Mi padre estuvo mucho tiempo sin hijos. Yo nací a fines de su vida, cuando transpuso ya el umbral de la vejez. Y fui criado por él con mucho esmero, y cuando fui creciendo se me eligió para la verdadera felicidad.

Había en nuestro palacio una anciana musulmana, que creía en Alah y en su Enviado; pero ocultaba sus creencias y aparentaba estar conforme con las de mis padres. Mi padre tenía en ella gran confianza, y muy generoso con ella la colmaba de su generosidad, creyendo que compartía su fe y su religión. Me confió a ella, y le dijo: “Encárgate de su cuidado; enséñale las leyes de nuestra religión del Fuego y dale una educación excelente atendiéndole en todo”.

Y la vieja se encargó de mí; pero me enseñó la religión del Islam, desde los deberes de la purificación y de las abluciones, hasta las santas fórmulas de la plegaria. Y me enseñó y explicó el Corán en la lengua del Profeta. Y cuando hubo terminado de instruirme, me dijo: “¡Oh hijo mío! Tienes que ocultar estas creencias a tu padre, profesándolas en secreto porque sino te mataría”.

Callé, en efecto; y no hacía mucho que había terminado mi instrucción, cuando falleció la santa anciana, repitiéndome su recomendación por última vez. Y seguí en secreto siendo un creyente de Alah y de su Profeta. Pero los habitantes de esta ciudad, obcecados por su rebelión y su ceguera, persistían en la incredulidad.

Y un día la voz de un muezín invisible retumbó como el



trueno, llegando a los oídos más distantes: “¡Oh vosotros, los que habitáis esta ciudad! ¡Renunciad a la adoración del fuego y de Nardún, y adorad al Rey Único y Poderoso!”

Al oír aquello se sobrecogieron todos y acudieron al palacio del rey, exclamando: “¿Qué voz aterradora es esa que hemos oído? ¡Su amenaza nos asusta!” Pero el rey les dijo: “No os aterréis y seguid firmemente vuestras antiguas creencias”.

Entonces sus corazones se inclinaron a las palabras de mi padre, y no dejaron de profesar la adoración del fuego. Y siguieron en su error, hasta que llegó el aniversario del día en que habían oído la voz por primera vez. Y la voz se hizo oír por segunda vez, y luego por tercera vez, durante tres años seguidos. Pero a pesar de ello, no cesaron en su extravío. Y una mañana, cuando apuntaba el día, la desdicha y la maldición cayeron del cielo y los convirtió en estatuas de piedra negra, corriendo la misma suerte sus caballos y sus mulos, sus camellos y sus ganados. Y de todos los habitantes fui el único que se salvó de esta desgracia. Porque era el único creyente.

Desde aquel día me consagro a la oración, al ayuno y a la lectura del Corán.

Pero he de confesarte, ¡oh mi honorable dama llena de perfecciones!, que ya estoy cansado de esta soledad en que me encuentro, y quisiera tener junto a mí a alguien que me acompañase”.


Entonces le dije:

“¡Oh joven, dotado de cualidades! ¿Por qué no vienes

conmigo a la ciudad de Bagdad? Allí encontrarás sabios y venerables jeiques versados en las leyes y en la religión. En su compañía aumentarás tu ciencia y tus conocimientos de derecho divino, y yo, a pesar de mi rango, seré tu esclava. Poseo numerosa servidumbre, y mía es la nave que hay ahora en el puerto abarrotada de mercancías. El Destino nos arrojó a estas costas para que conociésemos la población y ocasionarnos la presente aventura. La suerte, pues, quiso reunirnos”.

Y no dejé de instarle a marchar conmigo, hasta que aceptó mi ruego.

En este momento de su narración, Schehrazada vió aparecer la mañana y se calló discretamente.



Pero cuando llegó la dieciseisava noche,  
ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado!, que la joven Zobeida no dejó de instar al mancebo, y de inspirarle el deseo de seguirla, hasta que éste consintió.

Y ambos no cesaron de conversar, hasta que el sueño cayó sobre ellos. Y la joven Zobeida se acostó entonces y durmió a los pies del príncipe. ¡Y sentía una alegría y una felicidad inmensas!

Después Zobeida prosiguió de este modo su relato ante el califa Harún Al-Raschid, Gaifar y los tres saalik:





Cuando brilló la mañana nos levantamos, y fuimos a revisar los tesoros, cogiendo los de menos peso, que podían llevarse más fácilmente y tenían más valor. Salimos de la ciudadela y descendimos hacia la ciudad, donde encontramos al capitán y a mis esclavos, que me buscaban desde el día antes. Y se regocijaron mucho al verme, preguntándome el motivo de mi ausencia. Entonces les conté lo que había visto, la historia del joven, y la causa de la metamorfosis de los habitantes de la ciudad, con todos sus detalles. Y mi relato los sorprendió mucho.

En cuanto a mis hermanas, apenas me vieron en compañía de aquel joven tan hermoso, envidiaron mi suerte, y llenas de celos, maquinaron secretamente la perfidia contra mí.

Regresamos al barco, y yo era muy feliz, pues mi dicha la aumentaba el cariño del príncipe.

Esperamos a que nos fuera propicio el viento, desplegamos las velas y partimos. Y mis hermanas me dijeron un día: “¡Oh hermana! ¿Qué te propones con tu amor por ese joven tan hermoso?” Y les contesté: “Mi propósito es que nos casemos”. Y acercándome a él le declaré: “¡Oh dueño mío!, mi deseo es convertirme en cosa tuya. Te ruego que no me rechaces”. Y entonces me respondió: “Escucho y obedezco”. Al oírlo, me volví hacia mis hermanas y les dije: “No quiero más bienes que a este hombre. Desde ahora todas mis riquezas pasan a ser de vuestra propiedad”. Y me contestaron: “Tu voluntad es nuestro gusto”.


Pero se reservaban la traición y el daño.

Continuamos bogando con viento favorable, y salimos del mar del Terror, entrando en el de la Seguridad. Aun navegamos por él algunos días, hasta llegar cerca de la ciudad de Bassra, cuyos edificios se divisaban a lo lejos. Pero nos sorprendió la noche, hubimos de parar la nave y no tardamos en dormirnos.

Durante nuestro sueño se levantaron mis hermanas, y cogiéndonos a mí y al joven, nos echaron al agua. Y el mancebo, como no sabía nadar, se ahogó, pues estaba escrito por Alah que figuraría en el número de los mártires. En cuanto a mí, estaba escrito que me salvaría, pues en cuanto caí al agua, Alah me benefició con un madero, en el cual cabalgué, y con el cual me arrastró el oleaje hasta la playa de una isla próxima. Puse a secar mis vestiduras, pasé allí la noche, y no bien amaneció, eché a andar en busca de un camino. Y encontré un camino en el cual había huellas de pasos de seres humanos, hijos de Adán. Este camino comenzaba en la playa y se internaba en la isla. Entonces, después de ponerme los vestidos ya secos, lo seguí hasta llegar a la orilla opuesta, desde la que se veía en lontananza la ciudad de Bassra. Y de pronto advertí una culebra que corría hacia mí, y en pos de ella otra serpiente gorda y grande que quería matarla. Estaba la culebra tan rendida, que la lengua le colgaba fuera de la boca. Compadecida de ella, tiré una piedra enorme a la cabeza de la serpiente, y la dejé sin vida. Mas de improviso, la culebra desplegó dos alas, y volando, desapareció por los aires. Y yo llegué al límite del asombro.



Pero como estaba muy cansada, me tendí en aquel mismo sitio, y dormí aproximadamente una hora. Y he aquí que al despertar vi sentada a mis plantas a una negra joven y hermosa, que me estaba acariciando los pies. Entonces, llena de vergüenza, hube de apartarlos en seguida, pues ignoraba lo que la negra pretendía de mí. Y le pregunté: “¿Quién eres y qué quieres?” Y me contestó: “Me he apresurado a venir a tu lado, porque me has hecho un gran favor matando a mi enemigo. Soy la culebra a quien librate de la serpiente. Yo soy una efríta.

114  Aquella serpiente era un efrít enemigo mío, que deseaba violarme y matarme. Y tú me has librado de sus manos. Por eso, en cuanto estuve libre, volé con el viento y me dirigí hacia la nave de la cual te arrojaron tus hermanas. Las he encantado en forma de perras negras, y te las he traído”. Entonces vi las dos perras atadas a un árbol detrás de mí. Luego la efríta prosiguió: “En seguida llevé a tu casa de Bagdad todas las riquezas que había en la nave, y después que las hube dejado, eché la nave a pique.

En cuanto al joven que se ahogó, nada puedo hacer contra la muerte. ¡Porque Alah es el único Resucitador!”

Dicho esto, me cogió en brazos, desató a mis hermanas, las cogió también, y volando nos transportó a las tres, sanas y salvas, a la azotea de mi casa de Bagdad, o sea aquí mismo.

Y encontré perfectamente instaladas todas las riquezas y todas las cosas que había en la nave. Y nada se había perdido ni estropeado. Después me dijo la efríta: “¡Por la

inscripción santa del sello de Soleimán, te conjuro a que todos los días pegues a cada perra trescientos latigazos! Y si un solo día se te olvida cumplir esta orden, te convertiré también en perra”.

Y yo tuve que contestarle: “Escucho y obedezco”.

Y desde entonces, ¡oh Príncipe de los Creyentes!, las empecé a azotar, para besarlas después llena de dolor por tener que castigarlas. ¡Y tal es mi historia! Pero he aquí, ¡oh Príncipe de los Creyentes!, que mi hermana Amina te va a contar la suya, que es aún más sorprendente que la mía”.

Ante este relato, el califa Harún Al-Raschid llegó hasta el límite más extremo del asombro. Pero quiso satisfacer del todo su curiosidad, y por eso se volvió hacia Amina, que era quien le había abierto la puerta la noche anterior, y le dijo: “Sepamos, ¡oh lindísima joven!, cuál es la causa de esos golpes con que lastimaron tu cuerpo”.

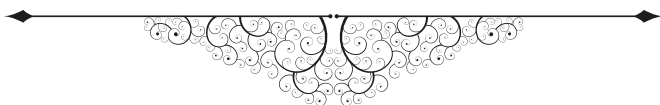




◆ ..... ◆  
Tras haberte escuchado durante estas mil y una noches, salgo con una  
alma intensamente cambiada, alegre e impregnada del gozo de vivir.



## Historia de Amina, la segunda joven



Al oír estas palabras del califa, la joven Amina avanzó un paso, y llena de timidez ante las miradas impacientes, dijo así:

“¡Oh Emir de los Creyentes! No te repetiré las palabras de Zobeida acerca de nuestros padres. Sabes, pues, que cuando nuestro padre murió, yo y Fahima, la hermana más pequeña de las cinco, nos fuimos a vivir solas con nuestra madre, mientras mi hermana Zobeida y las otras dos marcharon con la suya.

Poco después mi madre me casó con un anciano, que era el más rico de la ciudad y de su tiempo. Al año siguiente murió en la paz de Alah mi viejo esposo, dejándome como parte legal de herencia, según ordena nuestro código oficial, ochenta mil dinares en oro.

Me apresuré a comprarme con ellos diez magníficos vestidos, cada uno de mil dinares. Y no hube de carecer absolutamente de nada. Un día entre los días, hallándome cómodamente sentada, vino a visitarme una vieja. Nunca la había visto. Esta vieja era horrible: su cara era más fea





que el trasero de un viejo; tenía la nariz aplastada, peladas las cejas, los dientes rotos, el pescuezo torcido, y le goteaba la nariz.

Bien la describió el poeta:

¡Vieja de mal agüero! ¡Si la viese Eblis le enseñaría  
todos los fraudes sin tener que hablar,

pues bastaría con el silencio únicamente!

¡Podría desenredar a mil mulos que se hubieran enredado  
en una telaraña, y no rompería la tela!

¡Sabe echar sortilegios y cometer todos los horrores: le ha hecho  
cosquillas en el ano a una niña; cohabitó con una adolescente;  
ha fornicado con una mujer madura, y excitó hasta lo increíble  
a una anciana!

La vieja me saludó y me dijo: “¡Oh señora llena de gracias y cualidades! Tengo en mi casa a una joven huérfana que se casa esta noche. Y vengo a rogarte -¡Alah otorgará la recompensa a tu bondad!- que te dignes honrarnos asistiendo a la boda de esta pobre doncella tan afligida y tan humilde, que no conoce a nadie en esta ciudad y sólo cuenta con la protección del Altísimo”. Y después la vieja se echó a llorar y comenzó a besarme los pies. Yo, que no conocía su perfidia, sentí lástima de ella, y le dije: “Escucho y obedezco”. Entonces dijo: “Ahora me ausento, con tu venia, y entretanto vístete, pues al anochecer volveré a buscarte”. Y besándome la mano, se marchó.

Fui entonces al hammam, y me perfumé; después elegí

el más hermoso de mis diez trajes nuevos, me adorné con mi hermoso collar de perlas, mis brazaletes, mis ajorcas y todas mis joyas, y me puse un gran velo azul de seda y oro, el cinturón de brocado y el velillo para la cara, luego de prolongarme los ojos con kohl. Y he aquí que volvió la vieja y me dijo: “¡Oh señora mía!, ya está la casa llena de damas, parientes del esposo, que son las más linajudas de la ciudad. Les avisé de tu segura llegada, se alegraron mucho, y te esperan con impaciencia”. Llevé conmigo algunas de mis esclavas, y salimos todas, andando hasta llegar a una calle ancha y bien regada, en la que soplaba fresca brisa. Y vimos un gran pórtico de mármol con una cúpula monumental de mármol y sostenida por arcadas. Y desde aquel pórtico vimos el interior de un palacio tan alto, que parecía tocar las nubes. Penetramos, y llegados a la puerta, la vieja llamó y nos abrieron. Y a la entrada encontramos un corredor revestido de tapices y colgantes. Colgaban del artesonado lámparas de colores encendidas, y en las paredes había candelabros encendidos también y objetos de oro y plata, joyas y armas de metales preciosos.

Atravesamos este corredor, y llegamos a una sala tan maravillosa, que sería inútil describirla.

En medio de la sala, que estaba tapizada con sedas, aparecía un lecho de mármol incrustado de perlas y cubierto con un mosquitero de raso.

Entonces vimos salir del lecho una joven, tan bella como la luna. Y me dijo: “¡Marhaba! ¡Ahlan! ¡Ua sahlan! ¡Oh hermana mía, nos haces el mayor honor humano!



¡Anastina! ¡Eres nuestro dulce consuelo, nuestro orgullo!”  
Y para honrarme, recitó estos versos del poeta:

¡Si las piedras de la casa hubiesen sabido la visita del huésped  
tan encantador, se habrían alegrado en extremo,  
inclinándose ante la huella de tus pasos para anunciarse  
la buena nueva!  
¡Y exclamarían en su lengua: “¡Ahlan! ¡Ua sahlan!  
¡Honor a las personas adornadas de grandeza y de generosidad!

Luego se sentó, y me dijo: “¡Oh hermana mía! He de anunciarte que tengo un hermano que te vio cierto día en una boda. Y este joven es muy gentil y mucho más hermoso que yo. Y desde aquella noche te ama con todos los impulsos de un corazón enamorado y ardiente.

Y él es quien ha dado dinero a la vieja para que fuese a tu casa y te trajese aquí con el pretexto que ha inventado. Y ha hecho todo esto para encontrarte en mi casa, pues mi hermano no tiene otro deseo que casarse contigo este año bendecido por Alah y por su Enviado. Y no debe avergonzarse de estas cosas, porque son lícitas”.

Cuando oí tales palabras, y me vi conocida y estimada en aquella mansión, le dije a la joven: “Escucho y obedezco”. Entonces, mostrando una gran alegría, dio varias palmadas. Y a esta señal, se abrió una puerta y entró un joven como la luna, según dijo el poeta:

¡Ha llegado a tal grado de hermosura, que se ha convertido

en obra verdaderamente digna del Creador!  
¡Una joya que es realmente la gloria del orfebre que hubo  
de cincelarla!  
¡Ha llegado a la misma perfección de la belleza!  
¡No te asombres si enloquece de amor a todos los humanos!  
¡Su hermosura resplandece a la vista, por estar inscrita  
en sus facciones! ¡Juro que no hay nadie más bello que él!

Al verle, se predispuso mi corazón en favor suyo. Entonces el joven avanzó y fue a sentarse junto a su hermana, y en seguida entró el kadí con cuatro testigos, que saludaron y se sentaron. Después el kadí escribió mi contrato de matrimonio con aquel joven, los testigos estamparon sus sellos y se fueron todos.

Entonces el joven se me acercó, y me dijo: “¡Sea nuestra noche bendita!” Y luego añadió: “¡Oh señora mía!, quisiera imponerte una condición”. Yo le contesté: “Habla, dueño mío. ¿Qué condición es esa?” Entonces se incorporó, trajo el Libro Sagrado, y me dijo: “Vas a jurar por el Corán que nunca elegirás a otro más que a mí, ni sentirás inclinación hacia otro”. Y yo juré observar la condición aquella.

Al oírme se mostró muy contento, me echó al cuello los brazos, y sentí que su amor me penetraba en las entrañas y hasta el fondo de mi corazón.

En seguida los esclavos pusieron la mesa, y comimos y bebimos hasta la saciedad. Y llegada la noche, me cogió y se tendió conmigo en el lecho. Y pasamos entrelazados la noche, uno en brazos de otro, hasta que fue de día.



Vivimos durante un mes en la alegría y en la felicidad. Y al concluir este mes, pedí permiso a mi marido para ir al zoco y comprar algunas telas. Me concedió este permiso. Entonces me vestí y llevé conmigo a la vieja, que se había quedado en la casa, y nos fuimos al zoco. Me paré a la puerta de un joven mercader de sedas que la vieja me recomendó mucho por la buena calidad de sus géneros y a quien conocía de muy antiguo. Y añadió: “Es un muchacho que heredó mucho dinero y riquezas al morir su padre”. Después, volviéndose hacia el mercader, le dijo: “Saca lo mejor y más caro que tengas en tejidos, que son para esta hermosa dama”. Y dijo él: “Escucho y obedezco”. Y la vieja, mientras el mercader desplegaba las telas seguía elogiándolo y haciéndome observar sus cualidades, y yo le dije: “Nada me importan sus cualidades ni los elogios que le diriges, pues no hemos venido más que a comprar lo que necesito, para volvernos luego a casa”.

124

Y cuando hubimos escogido la tela, ofrecimos al mercader el dinero de su importe. Pero éste se negó a coger el dinero y nos dijo:

“Hoy no os cobraré dinero alguno; eso es un regalo por el placer y por el honor que recibo al veros en mi tienda”. Entonces le dije a la vieja: “Si no quiere aceptar el dinero, devuélvele la tela”. Y él exclamó: “¡Por Alah! No quiero tomar nada de vosotras. Todo eso os lo regalo. En cambio, ¡oh hermosa joven! concédeme un beso, sólo un beso. Porque yo doy más valor a ese beso que a todas las mercancías de mi tienda”.

Y la vieja le dijo, riéndose: “¡Oh guapo mozo! Locura es considerar un beso como cosa tan inestimable”. Y a mí me dijo: “¡Oh hija mía! ¿Has oído lo que dice este joven mercader? No tengas cuidado, que nada malo ha de pasar porque te de un beso únicamente, y en cambio, podrás escoger y tomar lo que más te plazca de todas estas telas preciosas”.

Entonces contesté: “¿No sabes que estoy ligada por un juramento?” Y la vieja replicó: “Déjale que te bese, que con que tú no hables ni te muevas, nada tendrás que echarte en cara. Y además, recogerás el dinero, que es tuyo, y la tela también”. Y tanto siguió encareciéndolo la vieja, que tuve de consentir. Y para ello, me tapé los ojos y extendí el velo, a fin de que no vieran nada los transeúntes. Entonces el mercader ocultó la cabeza debajo de mi velo, acercó sus labios a mi mejilla y me besó.

Pero a la vez me mordió tan bárbaramente, que me rasgó la carne. Y me desmayé de dolor y de emoción.

Cuando volví en mí, me encontré echada en las rodillas de la vieja, que parecía muy afligida. En cuanto a la tienda, estaba cerrada y el joven mercader había desaparecido.

Entonces la vieja me dijo: “¡Alah sea loado, por librar-nos de mayor desdicha!” Y luego añadió: “Ahora tenemos que volver a casa. Tú fingirás estar indispueta, y yo te traeré un remedio que te curará la mordedura inmediatamente”. Entonces me levanté, y sin poder dominar mis pensamientos y mi terror por las consecuencias, eché a andar hacia mi casa y mi espanto iba creciendo según nos



acercábamos. Al llegar entré en mi aposento, y me fingí enferma.

A poco entró mi marido y me preguntó muy preocupado: “¡Oh dueña mía! ¿qué desgracia te ocurrió cuando saliste?” Yo le contesté: “Nada. Estoy bien”. Entonces me miró con atención, y dijo: “¿Pero qué herida es esa que tienes en la mejilla, precisamente en el sitio más fino y suave?” Y yo le dije entonces: “Cuando salí hoy con tu permiso a comprar esas telas, un camello, cargado de leña, ha tropezado conmigo en una calle llena de gente, me ha roto el velo y me ha desgarrado la mejilla, según ves. ¡Oh, qué calles tan estrechas las de Bagdad!”

126

Entonces se llenó de ira, y dijo: “¡Mañana mismo iré a ver al gobernador para reclamar contra los camelleros y leñadores, y el gobernador los mandará ahorcar a todos!” Al oírle, repliqué compasiva: “¡Por Alah sobre ti! ¡No te cargues con pecados ajenos! Además, yo he tenido la culpa, por haber montado en un borrico que empezó a galopar y cocear. Caí al suelo, y por desgracia había allí un pedazo de madera que me ha desollado la cara haciéndome esta herida en la mejilla”.

Entonces exclamó él: “¡Mañana iré a ver a Giafar Al-Barmaki, y le contaré esta historia, para que maten a todos los arrieros de la ciudad”. Y yo le repuse: “¿Pero vas a matar a todo el mundo por causa mía? Sabes que esto ha ocurrido sencillamente por voluntad de Alah, y por el Destino, a quien gobierna”. Al oírme, mi esposo no pudo contener su furia y gritó: “¡Oh pérvida! ¡Basta de menti-

ras! ¡Vas a sufrir el castigo de tu crimen!” Y me trató con las palabras más duras, y a una llamada suya se abrió la puerta y entraron siete negros terribles, que me sacaron de la cama y me tendieron en el centro del patio. Entonces mi esposo mandó a uno de estos negros que me sujetara por los hombros y se sentara sobre mí y a otro negro que se apoyase en mis rodillas para sujetarme las piernas. Y en seguida avanzó un tercer negro con una espada en la mano, y dijo: “¡Oh mi señor! la asestaré un golpe que la partirá en dos mitades!” Y otro negro añadió: “Y cada uno de nosotros cortará un buen pedazo de carne y se lo echará a los peces del río de la Dejla (el Tigris) pues así debe castigarse a quien hace traición al juramento y al cariño”. Y en apoyo de lo que decía, recitó estos versos:

¡Si supiese que otro participa del cariño de la que amo,  
mi alma se rebelaría hasta arrancar de ella tal amor de perdición!  
Y le diría a mi alma: ¡Mejor será que sucumbamos nobles!  
¡Porque no alcanzará la dicha el que ponga su amor  
en un pecho enemigo!

Entonces mi esposo dijo al negro que empuñaba la espada: “¡Oh valiente Saad! ¡Hiere a esa pérfida!” Y Saad levantó el acero. Y mi esposo me dijo: “Ahora di en alta voz tu acto de fe y recuerda las cosas y trajes y efectos que te pertenecen para que hagas testamento, porque ha llegado el fin de tu vida”.

Entonces le dije: “¡Oh servidor de Alah, el Óptimo!,





dame nada más que el tiempo necesario para hacer mi acto de fe y mi testamento”. Después levanté al cielo la mirada, la volví a bajar y reflexioné acerca del estado mísero e ignominioso en que me veía, arrasándome en lágrimas los ojos, y recité llorando estas estrofas:

¡Encendiste en mis entrañas la pasión para enfriarte después!  
¡Hiciste que mis ojos velaran largas noches para dormirte luego!  
¡Pero yo te reservé un sitio entre mi corazón y mis ojos!  
¿Cómo te ha de olvidar mi corazón, ni han de cesar de llorarte mis ojos? ¡Me habías jurado una constancia sin limite,  
y apenas tuviste mi corazón, me dejaste!  
¡Y ahora no quieres tener piedad de ese corazón ni compadecerte de mi tristeza! ¿Es que no naciste más que para ser causa de mi desdicha y de la de toda mi juventud?  
¡Oh amigos míos! os conjuro por Alah para que cuando yo muera escribáis en la losa de mi tumba:  
“¡Aquí yace un gran culpable! ¡Uno que amó!”  
¡Y el afligido caminante que conozca los sufrimientos del amor dirigirá a mi tumba una mirada compasiva!

Terminados los versos, seguía llorando, y al oírme y ver mis lágrimas, mi esposo se excitó y enfureció más todavía, y dijo estas estrofas:

¡Si así dejé a la que mi corazón amaba, no ha sido por hastío ni cansancio! ¡Ha cometido una falta que merece el abandono!  
¡Ha querido asociar a otro a nuestra ventura,

cuando ni mi corazón, ni mi razón, ni mis sentidos  
pueden tolerar sociedad semejante!

Y cuando acabó sus versos yo lloraba aún, con la intención de conmooverle, y dije para mí: “Me tornaré sumisa y humilde. Y acaso me indulte de la muerte, aunque se apodere de todas mis riquezas”. Y le dirigí mis súplicas, y recité con gentileza estas estrofas:

¡En verdad te juro que si quisieres ser justo,  
no mandarías que me matasen! ¡Pero es sabido que el que ha  
juzgado inevitable la separación nunca supo ser justo!  
¡Me cargaste con todo el peso de las consecuencias del amor,  
cuando mis hombros apenas podían soportar el peso de la túnica  
más fina o algún otro todavía más ligero!  
¡Y sin embargo, no es mi muerte lo que me asombra,  
sino que mi cuerpo, después de la ruptura, siga deseándote!

Terminados los versos, mis sollozos continuaban. Y entonces me miró, me rechazó con ademán violento, me llenó de injurias, y me recitó estos otros:

¡Atendiste a un cariño que no era el mío,  
y me has hecho sentir todo tu abandono!  
¡Pero yo te abandonaré, como tú me has abandonado,  
desdeñando mi deseo! ¡Y tendré contigo la misma  
consideración que conmigo tuviste!  
¡Y me apasionaré por otra, ya que a otro te inclinaste!



¡Y de la ruptura eterna entre nosotros, no tendré yo la culpa, sino tú solamente!

Y al concluir estos versos, dijo al negro: “¡Córtala en dos mitades! ¡Ya no es nada mío!”

Cuando el negro dio un paso hacia mí, desesperé de salvarme, y viendo segura ya mi muerte, me confié a Alah Todopoderoso. Y en aquel momento vi entrar a la vieja, que se arrojó a los pies del joven, se puso a besarlos, y le dijo: “¡Oh hijo mío! como nodriza tuya, te conjuro, por los cuidados que tuve contigo, a que perdones a esa criatura, pues no cometió falta que merezca tal castigo. Además, eres joven todavía, y temo que sus maldiciones caigan sobre ti”. Y luego rompió a llorar, y continuó en sus súplicas para convencerle, hasta que él dijo: “¡Basta! Gracias a ti no la mato; pero la he de señalar de tal modo, que conserve las huellas todo el resto de su vida”.

Entonces ordenó algo a los negros, e inmediatamente me quitaron la ropa, dejándome toda desnuda. Y él con una rama de membrillo me fustigó toda, con preferencia el pecho, la espalda y las caderas, tan recia y furiosamente, que hube de desmayarme, perdida ya toda esperanza de sobrevivir a tales golpes. Entonces cesó de pegarme, y se fue, dejándome tendida en el suelo, mandando a los esclavos que me abandonasen en aquel estado hasta la noche, para transportarme después a mi antigua casa, a favor de la oscuridad. Y los esclavos lo hicieron así, llevándome a mi antigua casa, como les había ordenado su amo.

Al volver en mí, estuve mucho tiempo sin poder mo-

verme; a causa de la paliza; luego me aplicaron varios medicamentos, y poco a poco acabé por curar; pero las cicatrices de los golpes no se borraron de mis miembros ni de mis carnes, como azotadas por correas y látigos. ¡Todos habéis visto sus huellas!

Cuando hube curado, después de cuatro meses de tratamiento, quise ver el palacio en que fui víctima de tanta violencia; pero se hallaba completamente derruido, lo mismo que la calle donde estuvo, desde uno hasta el otro extremo. Y en lugar de todas aquellas maravillas no había más que montones de basura acumulados por las barreras de la ciudad. Y a pesar de todas mis tentativas, no conseguí noticias de mi esposo.

Entonces regresé al lado de Fahima, que seguía soltera, y ambas fuimos a visitar a Zobeida, nuestra hermanastra, que te ha contado su historia y la de sus hermanas convertidas en perras. Y ella me contó su historia y yo le conté la mía, después de los acostumbrados saludos. Y mi hermana Zobeida me dijo: “Oh hermana mía!, nadie está libre de las desgracias de la suerte. ¡Pero gracias a Alah, ambas vivimos aún! ¡Permanezcamos juntas desde ahora! ¡Y sobre todo, que no se pronuncie siquiera la palabra *matrimonio!*”.

Y nuestra hermana Fahima vive con nosotras. Tiene el cargo de proveedora, y baja al zoco todos los días para comprar cuanto necesitamos; yo tengo la misión de abrir la puerta a los que llaman y de recibir a nuestros convidados, y Zobeida, nuestra hermana mayor, corre con el peso





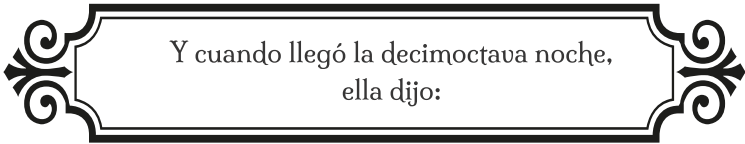
de la casa.

Y así hemos vivido muy a gusto, sin hombres, hasta que Fahima nos trajo el mandadero cargado con una gran cantidad de cosas, y le invitamos a descansar en casa un momento. Y entonces entraron los tres saalik, que nos contaron sus historias, y en seguida vosotros, vestidos de mercaderes. Ya sabes, pues, lo que ocurrió y cómo nos han traído a tu poder, ¡oh Príncipe de los Creyentes!

¡Esta es mi historia!

Entonces el califa quedó profundamente maravillado y...

En este momento de su narración, Schehrazada vio aparecer la mañana, y se calló discretamente.



Y cuando llegó la decimoctava noche,  
ella dijo:

He llegado a saber, ¡oh rey afortunado!, que el califa Harún Al-Raschid quedó maravilladísimo al oír las historias de las dos jóvenes Zobeida y Amina, que estaban ante él con su hermana Fahima, las dos perras y los tres saalik, y dispuso que ambas historias, así como las de los tres saalik, fuesen escritas por los escribas de palacio con buena y esmerada letra, para conservar los manuscritos en sus archivos.

En seguida dijo a la joven Zobeida: “Y después, ¡oh mi

noble señora!, ¿no has vuelto a saber nada de la efríta que encantó a tus hermanas bajo la forma de estas dos perras?” Y Zobeida repuso: “Podría saberlo, ¡oh Emir de los Creyentes!, pues me entregó un mechón de sus cabellos, y me dijo: “Cuando me necesites, quema un cabello de éstos y me presentaré, por muy lejos que me halle, aunque estuviese detrás del Cáucaso”. Entonces el califa le dijo: “¡Dame uno de esos cabellos!” Y Zobeida le entregó el mechón, y el califa cogió un cabello y lo quemó.

Y apenas hubo de notarse el olor a pelo chamuscado, se estremeció todo el palacio con una violenta sacudida, y la efríta surgió de pronto en forma de mujer ricamente vestida. Y como era musulmana, no dejó de decir al califa: “La paz sea contigo, ¡oh Vicario de Alah!”. Y el califa contestó: “¡Y desciendan sobre ti la paz, la misericordia de Alah y sus bendiciones!”.

Entonces ella le dijo: “Sabe, ¡oh Príncipe de los Creyentes!, que esta joven que me ha llamado por deseo tuyo, me hizo un gran favor, y la semilla que en mí sembró siempre germinará, porque jamás he de agradecerle bastante los beneficios que le debo. A sus hermanas las convertí en perras, y no las maté para no ocasionarle a ella mayor sentimiento. Ahora, si tú, ¡oh Príncipe de los Creyentes!, deseas que las desencante, lo haré por consideración a ambos, pues no has de olvidar que soy musulmana”.

Entonces el califa dijo: “En verdad que deseo las libres, y luego estudiaremos el caso de la joven azotada, y si compruebo la certeza de su narración, tomaré su defensa



y la vengaré de quien la ha castigado con tanta injusticia”.

Entonces la efrita dijo: “¡Oh Emir de los Creyentes! dentro de un instante te indicaré quién trató así a la joven Amina, quedándose con sus riquezas. Pero sabe que es el más cercano a ti entre los humanos”. Y la efrita cogió una vasija de agua, e hizo sobre ella sus conjuros, rociando después a las dos perras y diciéndoles: “Recobrad inmediatamente vuestra primitiva forma humana!” Y al momento se transformaron las dos perras en dos jóvenes tan hermosas, que honraban a quien las creó.

Luego la efrita, volviéndose hacia el califa, le dijo: “El autor de los malos tratos contra la joven Amina es tu propio hijo El-Amín”. Y le refirió la historia, en cuya veracidad creyó el califa por venir de labios de una segunda persona, no humana, sino efrita.

Y el califa se quedó muy asombrado, pero dijo: “¡Llor a Alah porque intervine en el desencanto de las dos perras!” Después mandó llamar a su hijo El-Amín, le pidió explicaciones, y El-Amín respondió con la verdad. Y entonces el califa ordenó que se reuniesen los kadíes y testigos en la misma sala en donde estaban los tres saalik, hijos de reyes, y las tres jóvenes, con sus dos hermanas desencantadas recientemente.

Y con auxilio de kadíes y testigos, casó de nuevo a su hijo El-Amín con la joven Amina; a Zobeida con el primer saalik, hijo de rey; a las otras dos jóvenes con los otros dos saalik, hijos de reyes; y por último mandó extender su propio contrato con la más joven de las cinco hermanas, la virgen Fahima, ¡la proveedora agradable y dulce!

Y mandó edificar un palacio para cada pareja, enriqueciéndoles para que pudiesen vivir felices. Y en cuanto anocheció fue a tenderse entre los brazos de la joven Fahima, con la cual hubo de pasar una noche de las más gratas.

“Pero - dijo Schehrazada dirigiéndose al rey Schahriar- no creas, ¡oh rey afortunado!, que esta historia sea más prodigiosa que la que ahora sigue”.

“Pero -añadió Schahrazada- es más asombrosa la historia que continúa

Y el rey dijo a Schahrazada: “¿Qué historia es esa?”

Y Shahrazada dijo:







---

**SI TE GUSTÓ ESTE  
LIBRO TE PODRÍA GUSTAR:**

---

**Los jardines secretos de Mogador**

Alberto Ruy Sánchez

**Delta de Venus**

Anaïs Nin

**Las nuevas mil y una noches**

Robert Lois Stevenson

**Yo maté a Sherezade**

Joumana Haddad

---

**Y PUEDES VER:**

---

**El príncipe de Persia: Las arenas del tiempo**

Del director Mike Newell

**Henry and June**

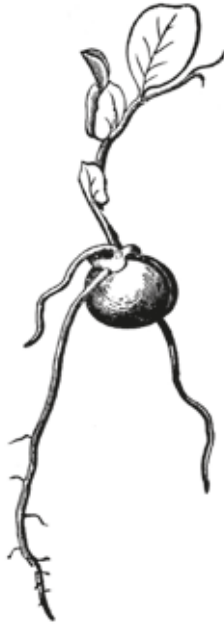
Del director Philip Kaufman

**No mires para abajo**

Del director Eliseo Subiela

**Lucía y el sexo**

Del director Julio Médem



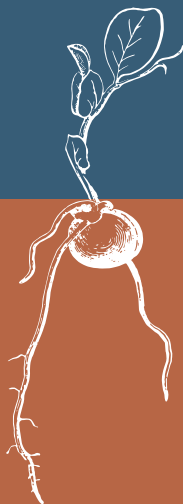
Estas historias germinaron en la edad media provenientes de la tradición oral de Oriente Medio y volvieron a germinar en el mes de julio de 2016 en la ciudad de Cartagena. En esta composición se usó la fuente Rotis Normal.

# LAS MIL Y UNA NOCHES

---

Cada uno de los relatos que aparecen en la presente selección es un brillante ejemplo de las situaciones, los personajes y la vibración de los lugares que tiene el libro completo. Con esta breve muestra los lectores alcanzarán a disfrutar el vértigo de sumergirse en la sucesión de las historias y de sentirse agujijoneados por el erotismo del ambiente y la emoción de las aventuras. Alcanzarán a deleitarse con la espléndida sensación de que todo es posible y de que en el centro de ese reino aún vive, lozana y alegre, la poesía.

Guillermo Serrano



## ¿Cómo crear una comunidad de lectores?

¿Qué tal leer todos un mismo libro cada semestre y hacer que esa lectura se convierta en un pretexto para conocernos y acercarnos más unos a otros? Ese es el espíritu de **El libro del Semestre**, **Colección Semilla**, que pretende ser origen de muchas cosas: del hábito de leer por gusto; de una biblioteca personal de libros fascinantes; de apasionadas conversaciones sobre las ideas, los autores y las épocas de los relatos; de una relación amorosa con los libros y los lectores.